

REVISTA GRÁFICA



Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

SIROP

DEPURATIVO VEGETAL

Jarabe
doctor

CHABLE

EL MAS EFICAZ O PURATIVO DE LA SANGRE

Se vende en Farmacias y Droguerías

Aberdeen

Sastre
Escocés

1, rue Auber

Y

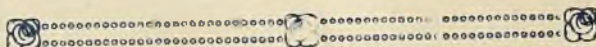
5, b. Malesherbes

PARÍS

Casa fundada en 1881

El mayor surtido
en paños ingleses
y escoceses :: ::

Especialidad en Homespuns



CATARROS
antiguos
y
recientes

TOSES, BRONQUITIS
radicalmente **CURADAS**

POR LA

SOLUCION

PAUTAUBERGE

que procura **Pulmones robustos**,
despierta el **Apetito**, aumenta
las **Fuerzas**, seca las **Secreciones**
y preserva de la

TUBERCULOSIS

L. PAUTAUBERGE, 10, r. de Constantinople, Paris y todas Farmacias.

A los ASMÁTICOS

A los que se sofocan

A los que tosen

Los médicos dicen hoy: Usad los
POLVOS LOUIS LEGRAS

Es un remedio maravilloso que calma instantáneamente
los más violentos accesos de **Asma**, la **Tos** violenta y
prolongada de las **Bronquitis** antiguas, en **Catarro** y
as consecuencias de la **Influenza**.

Los **POLVOS LOUIS LEGRAS**

dan siempre los mejores resultados

En todas las farmacias hispano-americanas

En Buenos Aires: **BADARACCO Y BARDIN**, 569, Cuyo

H. BERTHIOT farmo,

14, rue des Lions, París



REVISTA GRÁFICA

PERIÓDICO QUINCENAL HISPANO-AMERICANO

Año 2
15 Abril 1914
Precio
60 cént.

Actualidades, Literatura, Ciencias y Artes
Director: José MUÑOZ ESCÁMEZ
222, Boulevard Saint-Germain, Paris Teléfono 757-90
Sucursal. 471 - Calle de Sarmiento, Buenos Aires

Nº 20
Suscripción
20 francos
por año

PRIMAVERA

♦ ♦ ♦ ♦



Los pájaros que vuelven, los verdes brotes de un árbol vecino y un dolor reumático en el hombro me avisan la llegada de la primavera.

La intensa vida de trabajo apenas da lugar en París á ver la naturaleza en pleno día, sino es por el estrecho marco de una ventana. El gorrión que suele posarse en el alfeizar del balcón de enfrente, para comer las migajas de pan que una mano amiga deposita para él, ha regresado tras una ausencia de mal agüero, y un rosal enteco que la solicitud de mi esposa cultiva en una maceta, apunta dos lindos capullos.

El sol, un sol hermoso, digno de Sevilla, rompe las nubes y flamea su gloria sobre París, que le recibe con fervoroso júbilo. Salgo á la calle atraído por la luz, que me ofusca y hace que mis párpados se cierran entre sorprendidos y voluptuosos, hasta que los ojos, ya habituados á una orgía de radiante claridad, saborean con delirio los menores detalles de las cosas.

El Sena, entre azul y verdoso, gime al

cruzar bajo los arcos de los puentes que le dan sombra, y murmura alegre al ver de nuevo al sol, que cabrillea sobre sus mansas ondas.

Los árboles, hace días desnudos y ateridos, se visten de fronda verde y sus hojas son otras tantas lenguas que saludan al amigo sol. Las parisienses que en estos días van al bosque de Bolonia, lucen trajes vistosos, y sus rostros, pálidos de ordinario, dejan ver la pincelada carmínea que en sus mejillas pone la primavera.

¡Oh, sol hermoso! eres el consuelo del enfermo que abre de par en par sus puertas para recibirte, el amigo del pobre, al que das generosamente tu calor, y la providencia del labriego, que te bendice y bendice á Dios cuando ve inclinarse las pesadas espigas que han de llenar las trojes de rubio grano.

Primavera, que traes renuevos de vida, que das calor juvenil al viejo y aumentas las energías del mozo, entre las rosas que enguirnalda tu cuello, trae á la tierra la flor de la paz y serás aún más bendita que otros años...

J. MUÑOZ ESCÁMEZ.



ACTUALIDADES



La revolución de Ulster.
—Ulster acaba de revolucionarse contra el «home rule».

A la salida de un oficio religioso, los voluntarios de Ulster formaron en fila al paso de las tropas regulares.



A la derecha, el retrato del general French, generalísimo del ejército inglés, que acaba de presentar su dimisión á consecuencia de los sucesos de Ulster.



En París se ha puesto la primera piedra de una nueva iglesia, en la calle de la Tombe-Issoire. La iglesia se llamará San Dominico. La ceremonia fué presidida por monseñor Amette, arzobispo de París.



El notable inventor señor Torres Quevedo haciendo funcionar sus aparatos en la interesante conferencia que dió en la Sorbona.



M. Poincaré en su villa de Eze-sur-Mer, á donde ha ido á descansar unos días.

◆ ◆ ◆



El Epiro se ha revolucionado, queriendo incorporarse á Grecia, pues la mayoría de sus habitantes son de esta última nacionalidad; pero las potencias lo cedieron al nuevo reino de Albania.



Los dibujantes humoristas de París en el simulacro de caza á las fieras.



Fotografía de la crecida del Sena.

◆ ◆ ◆



Fiesta española en París. — El doctor Cobos, durante la conferencia dada en la sala Villiers.

En el centro, fotografía de los artistas que tomaron parte y del activo secretario Sr. Rueda.

En la parte inferior de la página,



fotografía tomada de la sala, en la que no pudieron entrar todos los invitados, tan numerosa fué la concurrencia.





Concierto dirigido por el maestro Bretón, y celebrado en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, con motivo del tercer centenario de la muerte del Greco.



S. A. el Principe de Asturias con su hermanita, la infantil Beatriz, al regresar á Palacio después de un paseo.



El alcalde de Madrid, señor Vizconde de Eza, repartiendo Cartillas del Instituto Nacional á los obreros municipales.



Don Miguel Asín y Palacios, nuevo académico de la Academia de Ciencias Morales y Políticas.



El general Fernández Silvestre, comandante general de Lora, al salir de Palacio de conferenciar con S. M. el rey don Alfonso XIII.



Aspecto del cuartel de María Cristina durante el acto de jurar la bandera los nuevos reclutas del Cuerpo de Ingenieros.



Sesión de inauguración del nuevo local de la Asociación de toreros, presidida por los diestros «Hombilla» y Vicente Pastor.



Cruzamiento de caballero de Santiago, del príncipe Alfonso. — Interior de la iglesia de Santiago durante la ceremonia.



Una interesante ceremonia. — Los nuevos médicos militares desfilando bajo la bandera de la patria, después del solemne acto del juramento.

Don Alfonso XIII y el príncipe de Parma al salir del convento, acompañados del Capitán.



A la derecha, don Alberto Cancio y Uribe, antiguo alcalde de Jaén, en donde se ha distinguido por su actividad y cultura. Como presidente del Casino Primitivo de Jaén, ha sabido implantar importantes mejoras, lo mismo que en las Secciones de Industria.



Apertura de las Cortes. — La carroza de la Corona, con SS. MM., al llegar al Senado.



Importante reunión de la mayoría parlamentaria, en el Ministerio de la Gobernación. — Pasó el difícil periodo electoral, y la mayoría se reúne para conocer sus fuerzas y para hablar de los proyectos futuros



Reunión de la minoría liberal en el palacio del conde de Romanones. — Tan importante como la anterior, como es de suponer, de esta reunión nacerán no pocas campañas políticas y quizás también alguna crisis.



S. M. la reina Victoria y la princesa de Parma á su llegada al convento de los Comendadores.



Una de las escenas de la zarzuela « Budín y Budón », estrenada con gran éxito en el teatro Eslava. El espectáculo, como casi el de todas las obras traducidas del francés, es muy vistoso. Dicha zarzuela fué muy aplaudida.



Otra de las escenas de « Budín y Budón ».



EL MUNDO PINTORESCO



PANAMA

El sol descende caliginoso, y los niños trabajan como laboriosas abejas. Pero el indiscreto objetivo del fotógrafo ha venido a sorprender su tarea y á concederles unos momentos de reposo.



El palacio de Buckingham.

CRÓNICA DE LONDRES



LOS HIJOS DEL REY



QUIÉN se casará con el príncipe de Gales? Todas las princesas europeas que se hallan en estado de merecer, se han hecho, más de una vez seguramente, esta pregunta.

Y no sólo en las cortes interesa. Las familias británicas, en quienes el culto de la realeza se perpetúa con admirable fidelidad, siguen con atención las idas y venidas del príncipe doncel. Y las muchachas rubias de Albión, las muchachas feas que nunca verán llegar el Amor caballero á su puerta, como las que son lindas y piensan salir á su encuentro desde las tablas de un teatro, todas sueñan y todas hablan del regio adolescente con igual cálido entusiasmo. Es que el príncipe de Gales, como su ilustre abuelo, está ya enamorado del amor, apenas ha puesto el pie en la senda,

para él llana y risueña, de la vida. Durante su estancia en Oxford, se cuenta, habiéndose descompuesto la bicicleta en que, en vez del corcel de las leyendas antiguas, montaba, pidió albergue y ayuda en la casa de un pastor protestante; un « cottage » pintoresco situado cerca del camino, con un huertecillo entre un grupo de cedros, y un airón de yedra desmayado sobre el alero de pizarra. El buen pastor ofreciósele sin saber á quién hablaba; y la hija — quince años, y una aureola de cabellos rubios sobre la frente, y los ojos de aquel color verde que Bécquer tanto amó — le regaló, mientras reposaba, con una taza de té. Al día siguiente el mozo desconocido volvió á pasar junto á la casita hospitalaria. Como al azar aguardaba la chicuela, sin saber qué... Y otro día, y otro, esquivando el grupo de sus cama-



EL PRÍNCIPE JORGE



EL PRÍNCIPE ALBERTO

radas aristócratas, el príncipe ciclista, vestido simplemente, con su gorra sobre la faz lampiña y pueril, entretuvo un idilio — frases absurdas y deliciosas del primer amor, sonrisas que encienden de rubor, sin causa, palabras que tiemblan en los labios y que jamás, en el curso de la vida, vuelven á sonar como esa vez — con la muchachita provinciana... Hasta que el Mayor del Ejército, puesto discretamente á cargo de Su Alteza, descubrió el secreto de los paseos campestres en bicicleta y lo comunicó al rey. Ni siquiera se le permitió despedirse de su amada. Un gentilhombre fué á la casa, y á tiempo que en nombre del monarca daba las gracias por las atenciones guardadas á su augusto heredero, tal vez hizo al asombrado pastor alguna advertencia que horas más tarde llenaba de lágrimas los dulces ojos verdes de su hija. Pocos días después, ascendido á canónigo, era trasladado á una ciudad del Norte, lejos de Oxford; á una ciudad populosa, industrial, llena de humo y de niebla... Cuando los años pasen y la niña de hoy sea mujer, y la vida haya dejado en su espíritu

el sedimento de su monotonía y de su melancolía, ¿con qué emoción recordará este episodio romántico de su adolescencia, este amor efímero é imposible que por ella sintió el hijo del rey?...

El público, sin embargo, tiene mayor cariño al príncipe Alberto, que es ya oficial de Marina, y ha dado la vuelta al mundo, aunque es más joven que el heredero del trono. Dicen que á bordo vive como los demás oficiales, sin distinciones ni privilegios, sin excusarse de cumplir todos los deberes que los severos reglamentos de la flota imponen. Niño aún, no hace mucho, y guardia marina, un día que su padre visitó el buque-escuela en que embarcaba por primera vez, al verlo entrar salióse de las lilas para abrazarle.

— ¿Cómo es eso? — preguntóle el rey; — ¿á quién ha pedido usted permiso para romper la formación? ¡Vuelva á las filas inmediatamente!

Y el príncipe Alberto, rígido en su uniforme, después de haberse cuadrado y saludado, volvió á su puesto, mordiendo los labios, encendido, sabiendo que un guardia marina inglés no debe llorar



EL PRÍNCIPE DE GALES



EL PRÍNCIPE HENRY

en público... aunque le cueste esfuerzo enorme retener las lágrimas indiscretas. Y el rey le abrazó muchas veces, naturalmente; pero luego de haberle dado semejante inolvidable lección de disciplina.

El más joven de todos los hijos del rey es el príncipe Juan; el más travieso, el príncipe Enrique; el preferido, acaso por la dulzura de su carácter y por su condición enfermiza y débil, es el príncipe Jorge. El príncipe Henry está en el Colegio de Eton, donde se educan los hijos de la nobleza y de la alta burguesía. La fotografía lo ha sorprendido en uno de los palios del antiguo Colegio, cuando acababa de vestir por primera vez el tradicional uniforme que un sombrero de copa reluciente remata con anacrónica solemnidad. Durante el año de noviciado es costumbre que los alumnos nuevos sirvan de asistentes á los que podrían llamarse veteranos, hagan sus comisiones, les preparen el té, les cepillen las ropas y les saquen lustre á las botas; y el príncipe Henry no ha podido sustraerse á estos humildes menesteres domésticos: asistente del nielo de

un lord ha sido, y con tal celo quiso desempeñar su misión, que, al segundo día las botas de su camarada brillaban como un espejo, como si las hubiera barnizado, como si fueran de cristal ó de azabache, en fin. Los demás alumnos nuevos contemplaban con envidia y admiración el « trabajo » de su real colega. Pero el propietario de las botas apenas pudo andar con ellas media hora: tal era la rigidez del cuero y el calor que la falta de transpiración le producía. Al fin, después de descalzarse, interrogó á su asistente:

— Dime, ¿con qué betún has limpiado mis botas?

— No las he limpiado con betún — declaró el príncipe Henry, orgulloso de su innovación, — sino con otra cosa mejor.

— ¿Con qué?

— Ven y lo verás. Con una cosa que compré y utilicé anoche. Así te han quedado tan brillantes que en lo sucesivo no tendré más que quitarles el polvo con un plumero.

En efecto: les había dado una mano de pintura de esmalte, de la que se emplea



EL PRÍNCIPE JUAN



LA PRINCESA MARY

para pintar sobre piedra ó hierro. No han vuelto á confiarle más la misión de lustrar botas, por temor á que las vaya así convirtiendo en acorazados.

La única hija de los reyes es la princesa Mary que, como véis, es una niña aún, vestida siempre con modestia puritana, callada, insignificante. Su regia madre hace de ella un modelo de virtudes. Y es un espectáculo melancólico el que ofrece la princesita pálida, angulosa, desvaida como miniatura de antiguo códice, con una tímida sonrisa que todavía no ha iluminado la gracia. Quizá no sabe hacerse un lazo, ceñirse al cuello una cinta, poner unas flores á sus sombreros, ninguna de esas pequeñas habilidades que las modistillas más humildes de París conocen por espontánea coquetería. Pero es trabajadora y madrugadora. Con viejas pasamanerías maternales confecciona adornos que vende entre los cortesanos y las damas de Palacio, á razon de cuatro libras esterlinas cada una. Gana así cien francos semanales, lo que para una princesa tal vez no

es mucho, pero es enorme para una obrerita de su edad. Y el importe de su labor lo entrega íntegro á los pobres. Jamás se aparta de la reina. Hace algún tiempo permitiósse que frecuentaran su trato algunas muchachas de la más alta nobleza: señoritas lindas y emprendedoras, que llenaban de risas como trinos los corredores de Palacio, y ayudaban á vestir las muñecas de la augusta amigueta. Todas iban vestidas de corto, y alguna de ellas, Eva precoz, vertió en el grupo infantil y femenino la curiosidad que arrojó al género humano del Paraíso.

— ¿Para qué sirve un nido? — vino á preguntar, como la heroína de Campoamor, la princesa á su madre.

Pero la reina no quiso darle la solución de este gran problema. Y desde ese día — hasta los periódicos se han ocupado de ello, — las amiguitas iniciadoras no han vuelto á penetrar en el Real Palacio...

JUAN PUJOL.

Londres-3-1914.



FLORENCIA

La última cena, hermoso cuadro de Foligno.

LOS CENÁCULOS

FLORENCIA es la ciudad adorada por los artistas, sobre toda otra condición, porque guarda mayor número de obras de arte colocadas en el sitio para donde fueron creadas.

Es condición precisa de la obra artística, si ha de producir toda la impresión de su belleza y toda su emoción, que no esté separada del lugar de su nacimiento, que conserve, además de su valor absoluto, ese valor relativo, de decoración, que tiene siempre; ese valor de colaboración, por decirlo así, que presta el cielo, el ambiente, la ciudad en total á un edificio y la que éste presta á los elementos que lo decoran. Por eso las pinturas al fresco sobre los viejos muros de los palacios, las iglesias y los conventos nos son cada día más preciosas. Desdichadamente, los fres-

cos italianos, esos magníficos frescos primitivos pintados sobre la cal húmeda con lierras y agua, de ese modo inimitable, sin retoques, con que pintaron los antiguos maestros; con un procedimiento y una valentía no igualada después, escasean mucho. Y las otras pinturas al temple ó al óleo, sobre los muros, empleando colores minerales y barnices, se han descascarillado y descolorido, sufriendo los ultrajes de las malas restauraciones.

Sin embargo, se conservan aún restos de frescos y pinturas murales dignas de llamar la atención. Entre ellas figuran, en primera línea, los *Cenáculos*. Ha sido este el asunto preferido en todos los refectorios de los antiguos conventos; y hay desaparecidos muchos de ellos y hasta muchas iglesias de las que formaron par-

le siguen conservándose los viejos refectorios merced al valor de los cenáculos que encierran. Se puede decir que forman un género aparte.

El más notable de todos los Cenáculos es sin duda el que Leonardo de Vinci pintó para los frailes de Santa Maria de la Gracia, en Milán. Está pintado al óleo sobre el muro, allá por el año de 1494, cuando el admirable artista esculpía su célebre caballo y deslumbraba en la corte de Ludovic Sforza con su talento de poeta y de músico.

Este Cenáculo es la obra más completa del autor que se guarda en Italia, y al de-

Por fortuna, la parte principal de las figuras se conserva lo bastante bien para apreciar el encanto de la composición, la naturalidad elegante de los grupos, la originalidad de la colocación y la admirable perspectiva de aquella estancia sencilla, con ventanas al fondo, que le sirve de encuadramiento. No hay nada de decoración que distraiga del asunto principal, una mesa larga, cubierta de un mantel sencillo, sobre la que se ven algunos platos, cubiletes y pedazos de pan. El momento elegido por el pintor es aquel en que Jesús, lleno de amargura, dice con tristeza resignada é infinita:



Parte izquierda del Cenáculo de Giotto.

cir de Lanzi, «el compendio de todo el estudio de Leonardo». Es lástima que el tiempo y el mal estado del muro sobre que está pintado, hayan contribuido á que se cumpla esa especie de fatalidad que pesa sobre todas las obras del autor del retrato de Mona Lisa.

No poco ha contribuido á estropear la preciosa pintura el que los frailes dominicos practicasen un hueco en el centro del cuadro, mullando el cuerpo del Salvador para que les llegase la comida caliente. Este hecho es incomprensible si se tiene en cuenta que desde el primer momento el cuadro fué, como dice Vasari, «tenido en veneración por italianos y extranjeros».

«Uno de vosotros me hará traición.»

Hay en el rostro de todos una expresión de amor, de miedo, de disgusto y, sobre todo, de ansiedad por no poder comprender el pensamiento de Cristo. Judas se distingue por la expresión de obstinación y odio. Es Cristo la más hermosa de todas las figuras. Se cree que es el tiempo el que la ha borrado y deslucido, pero, según Vasari, Leonardo la dejó sin concluir. Dice así: «Dió majestad y belleza á la cabeza de los apóstoles y dejó imperfecta la de Cristo, pensando que no podía darle toda la divinidad celeste que la imagen de Cristo requiere.» Las antiguas copias de Andrea Solario, Cesare del Magno, Marco d'Oggiano, Antonio de Gloxiote y

Samazzo parecen comprobar esto, así como la más perfecta de todas, la de Pietro Luine, en la pequeña iglesia de Ponte Capriasca, en todas las cuales la figura del Salvador es la más desdibujada.

Y, sin embargo, es perfecta; hay en su actitud, en sus manos caídas con desmayo, en su desaliento, una expresión tan dulce, tan plácida, tan resignada, que imprime un ambiente de reposo y de perdón á todas las figuras.

Después de este maravilloso Cenáculo, los más célebres se encuentran en Florencia. Entre ellos descuella, por su antigüedad y su ingenua belleza, el del anti-

por la actitud abandonada con que duerme en el regazo del Maestro. Judas está sentado solo frente á sus compañeros; es un tipo raquítico, repugnante y ridículo, en torno de cuya cabeza no hay aureola de santidad. Muchos críticos atribuyen el cuadro á Taddeo Gaddi, el discípulo amado de Giotto, el cual consta de una manera cierta que pintó frescos en Santa Cruz y que terminó muchas obras empezadas por Giotto, al que tuvo siempre gran veneración; y otros sostienen que la parte izquierda es debida al pincel de Giotto y la derecha á Taddeo Gaddi. Es difícil poder precisar nada. Giotto, con el prestigio



Cenáculo atribuido á Giotto. En primer término, á la izquierda, Judas aparece solo enfrente del Salvador.

guo refectorio de los frailes franciscanos en la iglesia de Santa Cruz. No puede fijarse de un modo cierto quién sea el autor del fresco. Generalmente se le ha atribuido á Giotto, porque presenta los caracteres del maestro que tan gran revolución causó en el arte mundial. Es una pintura extraordinariamente alargada; una mesa recta y sin mantel, con algunos platos, vasos y botellas, detrás de la cual están alineados los personajes: rectos, inexpressivos, conservando aún mucho de bizantinismo y destacando las aureolas luminosas que rodean sus cabezas del fondo obscuro. San Juan se distingue de los otros discípulos por su aspecto infantil y

de su historia romántica, con su rápida carrera, apoyado por Cimalme, con su vida de esplendor entre pontífices y reyes, en aquella época privilegiada en que el pintor podía departir con Dante, Boccaccio y Ghiberti, y, sobre todo, por su audaz concepción del arte, formó á su alrededor una escuela tan numerosa que se hace difícil distinguir las obras de sus discípulos.

No puede tampoco afirmarse qué momento ha elegido para fijar la Cena. Parece que sea el de la bendición, según el reposo y la melancolía que tienen las figuras. El Cristo levanta la mano para bendecir y aparta la mirada del apóstol

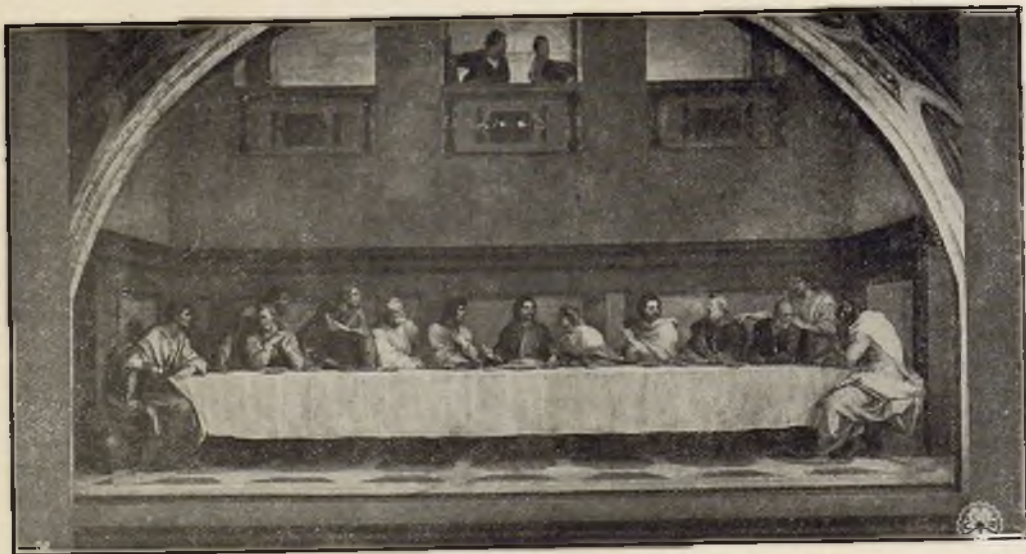
traidor. Es este un detalle que se observa en todos los Cenáculos; jamás los ojos del Salvador se detienen sobre el apóstata.

Muy parecido á este, en la colocación de las figuras y en la forma de la mesa, es el Cenáculo de Santa Apolonia, atribuido al terrible Andrea del Castagno. A pesar de su dibujo correcto, es más amanerado, más recargado de adornos y detalles accesorios: suelo de mosaico y techos artesonados. En el fondo, por los abiertos ventanales, se ve la tempestad y los rayos que rasgan las nubes. Todos los apóstoles llevan aureola de luz, excepto Judas, sentado en primer término, al otro lado de la mesa, frente al Salvador, que dirige los ojos al dormido San Juan. Es un Cristo distinto del que tenemos costumbre de ver, de rasgos más vulgares. Es esta una de las características de Andrea del Castagno, el cual buscó la originalidad hasta el punto de pintar al Cristo imberbe en el fresco de la Resurrección que se encuentra en este mismo lugar. Su Judas no es el tipo degenerado atribuido á Giotto; es una figura erguida y terrible, que nos hace recordar el carácter del pintor. Andrea del Castagno fue uno de esos soberbios artistas de su época que, como Benvenuto Cellini, creyó que no se debía respetar nada que no fuese la obra artística. Sus biógrafos cuentan

que mató de un golpe á un niño que, al pasar, movió la escalera en que pintaba en Santa María de Viani, y que asesinó cobardemente á su amigo Domenico Viniziano, el cual le había enseñado á pintar al óleo, por celos de su fama.

El momento que ha elegido para la Cena es el mismo que Leonardo de Vinci, según se advierte en la tristeza de Cristo. Los apóstoles reflejan sentimientos de asombro, de extrañeza, hasta se podría decir que un poco de duda de que aquella monstruosidad pudiera ser posible. Hay un gran amaneramiento en las miradas y en las actitudes, y un gesto de frialdad soberbia en Judas. Cuando se conoce el carácter del pintor y la frialdad con que recibió en sus brazos el cuerpo de su amigo moribundo, después de haberlo apuñalado por la espalda, no se duda que estas figuras sombrías, algunas de las cuales recuerdan el Moisés de Miguel Angel, puedan ser de su mano. Se le ha atribuido el Cenáculo, porque él tuvo siempre gran afición á pintar este asunto. Se cuenta que la primera vez que vió pintar era un Cenáculo, lo que llamó su atención y despertó sus facultades, y que siempre conservó gran predilección por los Cenáculos.

El convento de San Salvi encierra un bello fresco de Andrea Aquelo (Andrea del Sarto). Es de una composición senci-



El Cenáculo de Andrea del Sarto. Esta composición, sencilla y original, impresiona por la expresión del rostro y la bien estudiada del movimiento.



El Cenáculo de Santa Apolonia, atribuido al terrible Andrea de Castagno.

lla y original; las figuras están despojadas de su aureola divina y visten trajes á la romana. El momento elegido es, sin duda, cuando Jesús ha lanzado su triste profecía. Los grupos son interesantes; tienen todos los rostros una expresión mezcla de estupefacción y de inquietud: uno extiende el brazo, otro se inclina sobre un compañero; más lejos se advierte la exclamación de protesta; San Juan sale de su reposo convencional para formular también su pregunta: «¿Soy yo por ventura, Maestro?» Y el único que permanece extraño y bosco es Judas, que está sentado, como todos los demás, aunque al extremo de la mesa. El Jesús es dulce y piadoso y, como todas las figuras, de una elegancia demasiado académica.

Este cuadro responde también al carácter del pintor, que perdió el favor de Francisco I de Francia y del magnífico León X, por no dejar su casa del Arno y no separarse de su esposa Luerencia, á la que amaba apasionadamente. Andrea del Sarto, al que llamaron sus contemporáneos el pintor *senza errori* (sin errores), fué un gran dibujante y colorista, hasta el punto de que un crítico antiguo dice: «El colorido suyo es raro y verdaderamente divino. Vasari cuenta la historia de este fresco, que un abate *galantuomo* y de *judicio* encargó al pintor y

que él tardó mucho tiempo en terminar, «laborando á su placer un trozo cada vez, y le acabó de manera que esta obra fué tenida, como verdaderamente lo es, por la más fácil, más viva de color y de dibujo que se hizo jamás, ni que se pueda hacer, habiendo dado grandeza, majestad y gracia infinita á todas aquellas figuras, hasta el punto de que cada uno que lo veía quedaba estupefacto».

Se refiere también de este fresco otra anécdota de interés: «Durante el asedio que sufrió Florencia en 1529, los soldados que destruyeron la iglesia y el convento, respetaron el refectorio en gracia de la belleza de la famosa pintura.»

Otra Cena notabilísima se encuentra en el llamado Cenáculo de Foligno, atribuido por unos á Rafael y por otros á Perugino.

Es un Cenáculo elegante, con esa elegancia de las figuras de Rafael; algunos apóstoles tienen una belleza femenina y los decorados de mosaicos, tapicerías y adornos hacen de la modesta casa de Simón un suntuoso palacio. La mesa toma la forma de la repisa de mármol que la sostiene y está cubierta de un mantel con greca bordada. Judas, despojado del nimbo de luz, está sentado en un taburete frente al Maestro y al San Juan dormido; tiene en la mano la bolsa con el precio de su traición. La Cena se desliza tranquila. Uno

escancia vino en su vaso, otro se lleva la vianda á la boca; el Maestro no ha dicho nada aún, pero está contristado, absorto; tiene la visión del monte de las olivas, que se ve en el fondo, contempla su sudor y su propia agonía y ve llegar al ángel que lo conforta mientras los discípulos duermen. Hay un ambiente melancólico en todo el cuadro, iluminado por la poesía de ese paisaje placido, con árboles altos, de poco ramaje y un cielo lunar.

* Para encontrar algo parecido á este Cenáculo hay que recurrir á los de Ghirlandajo. Tiene éste dos bastante semejantes entre sí. Uno es el viejo refectorio de San Salvador, de los hermanos Menores, *ognissanti*, y el otro en el pequeño refectorio del convento de San Marcos. Los dos presentan igual forma de mesa, idéntica decoración de comienzo de bañeda y suntuosas arcadas, que dejan ver el paisaje sombrío con cipreses y aves fatídicas. El de San Marcos es más nebuloso y tiene las palabras de Jesús, ofreciendo la entrada en su reino á los que se sienten á su mesa, grabadas en el friso. La mesa tiene la forma decorativa, como la de Rafael, cubierta de amplio mantel y gran número de utensilios. Judas está sentado en frente. Sólo en el orden de colocación de las figuras y en algunos detalles del decorado varían los dos frescos de Ghirlandajo. El de San Marcos es posterior al de los *ognissanti*. El pintor, satisfecho de él, lo reprodujo en el pequeño refectorio, y sin duda por la poca importancia del lugar no quiso molestarse en hacer algo nuevo. El gran refectorio está ocupado por un fresco de Giovanni Antonio Sogliani, pintor tétrico, amargado, enfermo, que fué llamado por los frailes dominicos para pintar en su refectorio el fresco, que costeaba un rico hermano converso. Sogliani quiso pintar «El milagro de los panes y los peces», pero al fin ejecutó la «Cena de Santo Domingo», cuando el Santo fué servido con sus compañeros por dos ángeles en forma humana.

En este viejo convento de San Marcos existe otro Cenáculo originalísimo. «La Cena Eucarística», de Fra Angelico. Pocos sitios causan una impresión más profunda de paz, de placidez, de reposo, que este convento, hoy Museo de San Marcos, en cuyas celdas vacías se encuentran frescos de Fra Angelico y de Fra Bartolomeo. Además de su grandeza, de su per-

fume ancestral, de la impresión que causa su arquitectura y aquella augusta realeza del sauce que extiende sus ramajes en el claustro silencioso, el convento de San Marcos está lleno de recuerdos históricos. Se ve en él la celda de retiro de los Médicis, aquella otra que habitó San Antonio, las ocupadas por los grandes pintores que ilustraran sus muros, y, destacándose entre todas, la de Savonarola, el terrible tribuno cristiano, que azotaba con la elocuencia vehementísima de su doctrina de paz y renunciación.

Nos sigue la figura de ese fraile sinies-tro, de nariz aguileña, labios delgados y semblante contraído, cetrino, ascético, con su sayal de estameña y el enorme rosario de cuentas negras, que adquiere un valor de látigo. Por un raro contraste, su bandera de rebeldía lleva un Cristo pintado por el dulce beato Angelico. Es este el que ofrece un reposo al espíritu exaltado con la sombra de Savonarola, ofreciendo la placidez ingenua de sus pinturas. Para mí, que en estos días he visitado todos los Cenáculos de Milán y Florencia, trae la Cena de Fra Angelico un dulce elemento de poesía. Está pintada en el muro de aquella celda vacía y desnuda, con la viveza de colores, poco fundidos, propia de su pincel. Dominan deliciosamente blancos, azules y dorados sobre el fondo marfileño de la pared. Es dulce y tierno el momento en que Jesús ofrece la comunión de su cuerpo. Ocho discípulos están en pie, y cuatro arrodillados, entre los que se halla Judas; se han arrodillado para recibir el excelso don. El ambiente que rodea las figuras es admirable. Se expresa en los rostros, en las actitudes, en las miradas. Cada plegadura de las manos es una oración. Son manos odorantes las que se cruzan sobre el pecho, las que se pliegan hacia el cielo y las que se abren en un parosismo de amor. Poeta siempre, Fra Angelico ha dado á la Virgen Madre participación en esta Cena. Se la ve envuelta en su manto, inmaterial y divina, con esa pureza de Anunciación que tiene siempre en el Angelico, arrodillada y sola al otro extremo de la mesa. Jesús se da sin dolor en la Eucaristía, que ofrece al discípulo más amado.

El fondo es admirable por sencillo; dos ventanas altas que descubren un poco de azul y un pozo lejano ofreciendo la frescura de las aguas vivas.



La Cena de Santo Domingo, pintada por Sagliani, en el Museo de San Marcos de Florencia.

Es tal vez el que mejor ha sabido interpretar el Cenáculo en toda su grandeza, toda su dulzura y toda su majestad.

Sobre todo es el que más nos conmueve. Quizá porque esta soledad de la celda abandonada y fría es la que mejor nos

trae la sensación de la casa miserable y triste de Simón, sobre cuya pared lució el azul del misterio eucarístico.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)



LA ACADEMIA DE INFANTERÍA

HACIENDO PATRIA

CUANDO enteramos al director de la Academia, hoy general don Severiano Martínez Anido, del objeto de nuestra visita, el bravo soldado, que, como todos saben, tiene una brillantísima hoja de servicios y es una de las muchas prestigiosas figuras con que cuenta el Ejército, nos dispensó una acogida verdaderamente honrosa. Tuvo para los representantes de REVISTA GRÁFICA atenciones y deferencias que nunca olvidaremos y confirmó, de un modo elocuente, la tradicional fama que el militar español goza de valiente y de cortés. El general Martínez Anido está acostumbrado á triunfar en el campo de batalla y en el salón. Y, además, es un pintor muy distinguido. La eslipa de los Garcilasos, guerreros y poetas, ó soldados y artistas, no se extingue, para fortuna y orgullo de los españoles.

¡Y cómo se sale de la Academia! Creyendo con más fervor que nunca en la Patria. A las restantes de aquellas, REVISTA GRÁFICA dedicará, si no todo el espacio que merecen, el entusiasmo y los elogios á que son acreedoras. Por hoy hablaremos de la de la gloriosa Infantería, deplorando que, á pesar de nuestro entusiasmo, la falta de competencia nos fuerce a realizar una labor exclusivamente informativa.



El general director de la Academia, don Severiano Martínez y Anido.

He aquí ahora algunos detalles sobre la historia de esta Academia, una de las más gloriosas de España.



Campamento de los Atijares. — Vista general.

LA ACADEMIA, POR DENTRO

La Academia de Infantería fué trasladada de Madrid á Toledo en 1883, y se llamó, según saben, Academia General. Hállase instalada en el Alcázar, que se construyó casi en su totalidad por Alonso de Covarrubias durante el reinado de Carlos V. Ha sufrido diversas restauraciones, porque las tropas invasoras (1810), las chispas eléctricas y los incendios han causado en el magnífico edificio estragos y daños considerables. Después, las mismas necesidades del servicio han exigido nuevas reformas en el interior del local, entre las que merecen especial mención las realizadas últimamente por el general Martínez Anido y de las que más adelante se dará breve noticia.

Durante nuestra visita al Alcázar, sorprendemos á los alumnos en plena actividad. En el hermoso patio evolucionan, disciplinados, animosos, jóvenes todos, á la voz de mando de los *galonistas*, ó sean los cadetes que más se distinguen por sus estudios y comportamiento.



Comedor de la Academia.

La limpieza, el buen gusto y la inteligencia que se advierte hasta en los menores detalles no pueden producir mejor impresión. Y en este edificio, albergue de grandezas, se hace patria, lector. Archivo glorioso del pasado, es vivero de esperanzas, cuna donde las energías nacionales van desarrollándose con cohesión, disciplina y progresión admirables.

Lo primero que visitamos es el gabinete de armas. Museo curiosísimo en el que figura una colección completa de armas de fuego, desde el fusil de chispa, de percusión y trabucos «naranjeros», hasta los diversos modelos en uso en todos los

países civilizados. Aparte de barómetros, gemelos, telémetros, cronógrafos para apreciar velocidades iniciales, etc., véanse granadas, proyectiles de diferentes calibres, pólvora, metralhas á infinidad de aparatos de campaña. De todo cuanto el hombre ha producido en el arte de guerrear hay allí una muestra. Es un local encerrado, pulcro, espacioso y sereno, que huele á sangre y á laurel. Aquella historia de las armas de fuego es la historia misma de las patrias, la que nos dice que matando se puede ser inmortal. De las mudas bocas de estas armas, toscas ó perfeccionadas, viejas ó modernísimas, brota todo un himno glorioso: apuntan al porvenir.

Como digno complemento de este gabinete, vemos el Museo de Infantería, que ha poco fué instalado en el Alcázar. Trabajo cuesta á nuestro patriotismo ahogar un vibrante, un sentido ¡viva España! Allí palpita, inmortal, el espíritu de la raza. El alarido victorioso y la crispación del vencido, historia del brillante Cuerpo de Infantería, están consignados en autógrafos, uniformes, retratos y troleos. La atención, no suficientemente reconstruida porque el tiempo apremia, recoge, sin embargo, datos emocionantes; una tosca bocina que usó Garcilaso; un banderín cogido á los carlistas; la teresiana y el fajín del general Margallo cuando éste murió el 28 de octubre del 93, al salir, al frente de sus tropas, del fuerte de Cabrerizas Altas; el fusil del heroico cabo Naval; la proclama de Aguinaldo, firmada por su Ministro de la Guerra en 30 de junio de 1899, enaltecendo la conducta del puñado de héroes del Baler y disponiendo « que sean considerados como amigos »... y, junto á todo esto, la bandera que ondeó por última vez en el castillo del Morro, y el primer uniforme de soldado del Regimiento del Rey que se puso don Alfonso XIII...

Pero es preciso continuar la visita.

En el mismo Alcázar, junto al campo del pasado, arrancan las risueñas vías de lo futuro. Y admiramos la enfermería, amplia y ventilada, el gabinete de física, el de química, el telegráfico, donde los dignos y estudiosos profesores realizan diariamente su misión de dotar al Ejército de hombres cultos y aguerridos; el cuarto de banderas, el salón « amarillo » para las visitas, el comedor del oficial de guardia... Son salas inmensas, de techo alto y muros

espesos, en las que, con la más absoluta higiene, se ha cuidado del buen gusto y de atender á la finalidad que respectivamente les fué asignada.

De paso, comprobamos el detalle de que todas las escaleras, excepto la de honor, que es de piedra, son de hierro. Con ello se tiende á evitar los estragos de los incendios de que tantas veces ha sido víctima este antiguo edificio.

Los dormitorios de las compañías presentan un aspecto incomparable de sencillez y alegría. En cada uno se alinean dos filas de camas de hierro, con colchas rojas, y adosado á la pared, el armario de madera clara en el que cada alumno guarda su uniforme, ropa blanca, objetos de aseo, etc. Abierto uno, sorprendido su interior, en el pequeño mueble se advierte el mismo orden que en las clases y demás dependencias de la Academia. Impuesto por el reglamento, el cadete tiene en la alcoba un « gesto » simpático, de hombre casero, de muchacho cuidadoso.

En cada compañía suelen dormir unos 150 alumnos. Hay seis dormitorios.

Antes de descender á la explanada, presenciarnos un asalto en el salón de esgrima. El asalto, de florete, revela otra vez la intensidad del trabajo que realiza el alumno y la disciplina metódica y rigurosa á que se halla sometido.

En la explanada, al pie del Alcázar, aquel regimiento de gente joven sigue bullendo. Montan tiendas de campaña en forma tan ingeniosa como rápida. El modelo es alemán, aunque no se emplea reglamentariamente, sino con fines prácticos. Compuesto de varias « hojas » de lona impermeabilizada, cada alumno lleva una de ellas arrollada á la espalda. con su vástago correspondiente. En el momento oportuno, extiéndese la hoja, únese con la inmediata, y queda acto seguido montada sobre la sencilla, pero resistente armazón de los palos que la sustentan.

Más allá, otro grupo de alumnos se dedica á « curas » de urgencia, ó á ejercicios topográficos.

Y llegamos al « Salón de Baños y Duchas », una de las innovaciones á que antes hemos aludido, debidas á la actividad y entusiasmo del actual director, el general Anido.

Las más modernas exigencias hidroterápicas han sido en este local satisfechas. Independientemente de las duchas indi-



Misa de campana.

visuales, para las que existen cuartos con todos los elementos necesarios, hay una gran piscina en la que pueden bañarse ochenta personas á un tiempo. En el centro de ella, desde una especie de pasarela, el encargado toca un timbre, que equivale á la voz de mando. El electo es magnífico. Apenas extinguido el tintinco de la campanita, las ochenta duchas funcionan. Con ello, en media hora queda diariamente cumplida esta función higiénica respecto á los alumnos á quienes corresponde observarla, porque los baños son alternos. Ocioso nos parece advertir que el agua tiene treinta y tantos grados en la época de invierno, y que en verano se suministra fría.

Desde allí se pasa al salón de gimnasia y al comedor por una galería cubierta, de construcción reciente, á la que la imaginación fértil y siempre jovial de los alumnos ha dado el nombre pin-

toresco de « tubo digestivo ».

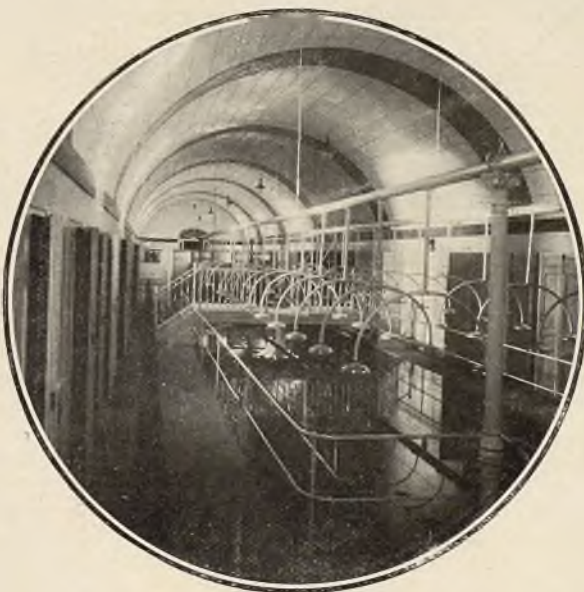
Hay sociedades gimnásticas que no se avienen á creer las proezas de estos mozos en los ejercicios físicos. En efecto: dar saltos de altura desde un pequeño trampolín de 1,70 y 1,80 metros, nos parece algo notable. De longitud, pasan los cinco metros. Lo corriente, en los de altura, es llegar á 1,50 ó 60.

El comedor es una inmensa nave, ventilada y alegre, con largas hileras de mesas, á las cuales se sientan los 800 alumnos internos. Su capacidad, sin embargo, permite ampliar este

número hasta el de 1.220, que es el que en la actualidad cuenta la Academia.

Están construyéndose unas amplias cocinas cuyo coste ascenderá á 10.000 duros. Esta es la última mejora introducida por el director, aparte del taller del lavado y planchado mecánico, el *skating*, la enfermería, etc.

Como título curioso, diremos que el gasto diario de comida importa 1.500 pesetas.



Magnífica sala de baños y duchas.



Biblioteca de la Academia.



Alumnos en clase, preparando las lecciones.

En el picadero, en el salón de tiro, en la biblioteca, en los despachos de los profesores, resplandece la misma policía, idéntico fervor por la higiene, acreedor a toda suerte de alabanzas.

Vimos también extensos salones de estudio, habilitados á tal fin, con objeto de evitar que los alumnos tuviesen que hacerlo en el dormitorio. Es otra de las varias reformas realizadas. Asombra comprobar lo que supone todas ellas, teniendo en cuenta que fueron costeadas con recursos propios de la Academia, esto es, con lo que mensualmente pagan los alumnos.

En resumen: la impresión que en detalle y en conjunto produce la Academia de Infantería no puede ser más consoladora. El edificio que ocupa, más los anejos (comedor, cocinas, gimnasio, picadero, sala de estudio, lavadero, dormitorio de ordenanza, *skating*, etc.) es inmenso, y á pesar de su venerable vejez, parece recién construido. Tiene 37 clases, y 92 profesores realizan la sublime misión de educar militarmente á 1.221 jóvenes, que, como los de las precedentes promociones, darán honor al digno Cuerpo de que han de formar parte y enaltecerán una vez más el nombre de nuestra España, matrona todavía fecunda y hermosa, queridos Heráclitos...

LA JORNADA DE UN CADETE

¿Le veis paseando por Zocodover, ó charlando en la reja con la novia, como si fuese un « señorito » aureolado con el

prestigio de su uniforme, que sólo cuida de mantener la clásica leyenda donjuanesca entre las muchachilas solteras?

Pues leed la siguiente escueta, pero abrumadora enumeración, y juzgad. De paso tributaréis un aplauso entusiasta á la brillante oficialidad que forma el profesorado de la Academia, como se lo rendimos nosotros.

A las cinco y media la corneta toca diana. El oficial presencia el momento, terrible para todo español, por cadete que sea, de abandonar el dulce lecho. Los alumnos pasan lista, como soldados. Luego van á recibir la ducha, y aquellos á quienes aquel día no les corresponde, al gimnasio. Una vez secados y ágiles, á las seis y media, tocan *bando*. Esto quiere decir que, mientras los gorriones pían entre las almenas del Alcázar y los paisanos continúan durmiendo, hay que estudiar las lecciones del día.

El cadete se sienta ante su « papelera » (pupitre y armario) donde pasa dos horas y media hecho ya un héroe, en medio de un silencio religioso, « empollando » *Balística*, *Idiomas*, *Táctica*, *Química* ó *Historia militar*.

Fuma un pitillo, y al sonar las nueve, formados todos van al comedor á tomar el desayuno: las clásicas *migas*, que, cuando estos muchachos luzcan el fajín, recordarán risueñamente...

A las nueve y media, toque de llamada, y á « primeras clases », que duran una hora. Treinta minutos de descanso, y el segundo cigarrillo permite pasar el trago



Desfile de los alumnos delante de SS. MM.

de las « segundas » clases. Otro cuarto de hora, otras bocanadas de humo, y á las « terceras », donde se invierte también una hora. La mañanita, pues, ha sido aprovechada.

Formados, al dar la una de la tarde, los « cadetes », con sus simpáticos uniformes grises, van al comedor. El almuerzo consiste en tres platos, postre, vino, etc. Allí, estos mozos dan natural expansión á su buen humor estudiantil. No sólo se habla de asignaturas; no sólo se refieren victorias amorosas; el *argot* encuentra títulos pintorescos para immortalizar los platos que entre la animada charla les van sirviendo. Citemos ejemplos. Al rico y nunca bien ponderado escabeche con ensalada de pimientos, le llaman *confetti*; al nutritivo y reparador *ragout*, *batallón*; á las clásicas empanadas de carne, *filetes con gabán*...

Pero son las tres de la tarde y hay que asistir á las clases prácticas, que á cada alumno, según el año que curse, le corresponde: instrucciones tácticas de compañía, de batallón, ó de regimiento; dibujo, equitación, esgrima, gimnasia, dirección de fuegos... Pongamos otro etcétera, y dejemos al cadete, porque han dado las cinco y le está aguardando la novia, el paseo, la partida de ajedrez ó la tertulia en el café Español.

Hora y media de libertad, de asueto es la concedida reglamentariamente. Los castigados por alguna falla se quedan en el Alcázar, sin ver los ojos negros de la toledanilla gentil. Tales arrestos se tienen en cuenta para su calificación en los exámenes.

Ilámase á ello « coeficiente de conducta », ó sea una cantidad proporcional

a la falta cometida, y que se resta del número de puntos de la nota final del curso.

En el patio, cuando el reloj señala las seis y media, se toca á escuadra. A las órdenes de un galonista, los alumnos, formados, pasan lista de tarde. Luego, la corneta ordena *banda* y el cadete torna á sentarse á su « papelera », en la sala de estudio, donde pasa dos horas, sin fumar, sin hablar, devorando lecciones...

Transcurridas, sirvese la cena, y en el alegre comedor, las lenguas se desatan jovialmente. Por cierto que entre algunos cadetes está muy arraigada, como gente estudiantil, la creencia de que hay determinados platos con « maleficio ». Sabido es que colectivamente, el entusiasmo y el pánico, como la superstición, suelen ser contagiosos.

Así, pues, si una mañana sirve la cocina café como desayuno, en vez de chocolate, y es martes, y por añadidura 13, y da la importante casualidad de que el soldado encargado de ejecutar los loques de ordenanza es un tambor y no un corneta... todos, casi todos los alumnos tienen en clase un « cero » terriblemente dramático. Los profesores « parecen » más descontentos que otros días, y, cundiendo el « maleficio », la taza de chocolate y el calendario, ponen á prueba el « memorión, la inteligencia y aun la serenidad del cadete más sobresaliente ».

Algo análogo acontece con determinadas jóvenes de la localidad. Influyen también en las clases de un modo indirecto: por su belleza, por su poca gracia ó por causas que sería laborioso investigar; tienen *jettatura*. Si algunos cadetes se la encuentran en el paseo... es sabido: un « cero », grande como la puerta de Visagra.

A las nueve y media se toca silencio. Llegó la hora de descansar, de arrieglar en el armario individual del dormitorio los paquetes de cartas, los útiles de escritorio, los objetos de tocador, algún semanario, la rosa-recuerdo, el retrato querido... Y, poco después, «perdigones», «empollones», «amarrones», duermen. Y, seguramente, todos sueñan. Veinte años, una novia formal y dos estrellas de segundo teniente pueden llenar de luz la noche más larga del invierno, aunque se tocara diana á las seis de la tarde...

DETALLES SUELTOS

Actualmente los alumnos se dividen en internos y externos. Los que son hijos de militar, pagan 1,25 pesetas y los de paisano 3,25 por alimentación y ropa limpia, además de 15 pesetas por derechos de cada matrícula y otras á que abona trimestralmente para entretenimiento de material.

Exceptuando el fusil y la mochila, el alumno se costea el equipo completo, que importa cien duros, sin contar la ropa blanca.

Los estudios duran tres años. La edad de ingreso es desde los catorce á los veintinueve de edad. Omitimos otros pormenores que son conocidísimos.

Los profesores de la Academia prestan el servicio interior de las compañías, siendo preceptores constantes del alumno, haciendo la misma vida que el — salvo la prudente y debida separación — y encarnando en todo momento el deber. Como profesores auxiliares dan clase, y su labor no puede ser más meritoria.

Otro tanto puede decirse del resto del profesorado, de los jefes, encargados de mantener, á las órdenes del ilustre general Martínez Anido, el esplendor de la Academia de Infantería.

F. RAMÍREZ ANGEL.

Toledo, marzo 1914.

El distinguido capitán señor Carmona, nos proporcionó las positivas que dan tanto interés á esta información. También el teniente señor Seco nos suministró datos que facilitaron notablemente nuestra tarea. A ellos les expresamos, desde estas columnas, nuestro más profundo agradecimiento.



Tirando con las ametralladoras.

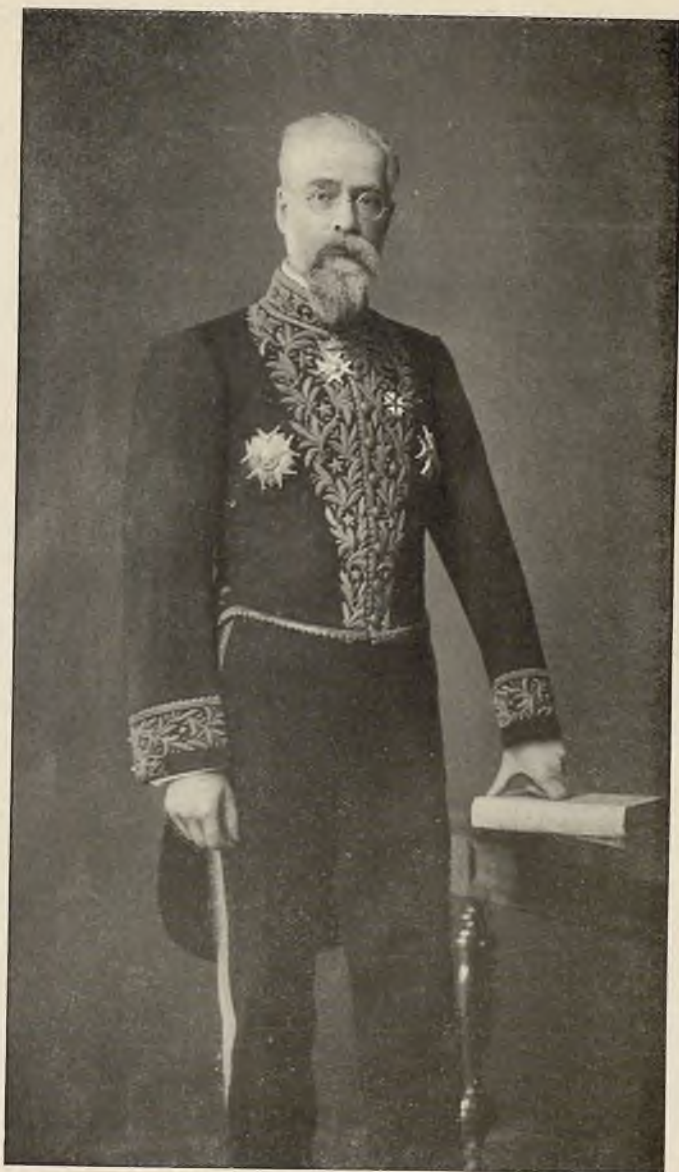


El telégrafo de señáles.



En los ejercicios de salto.

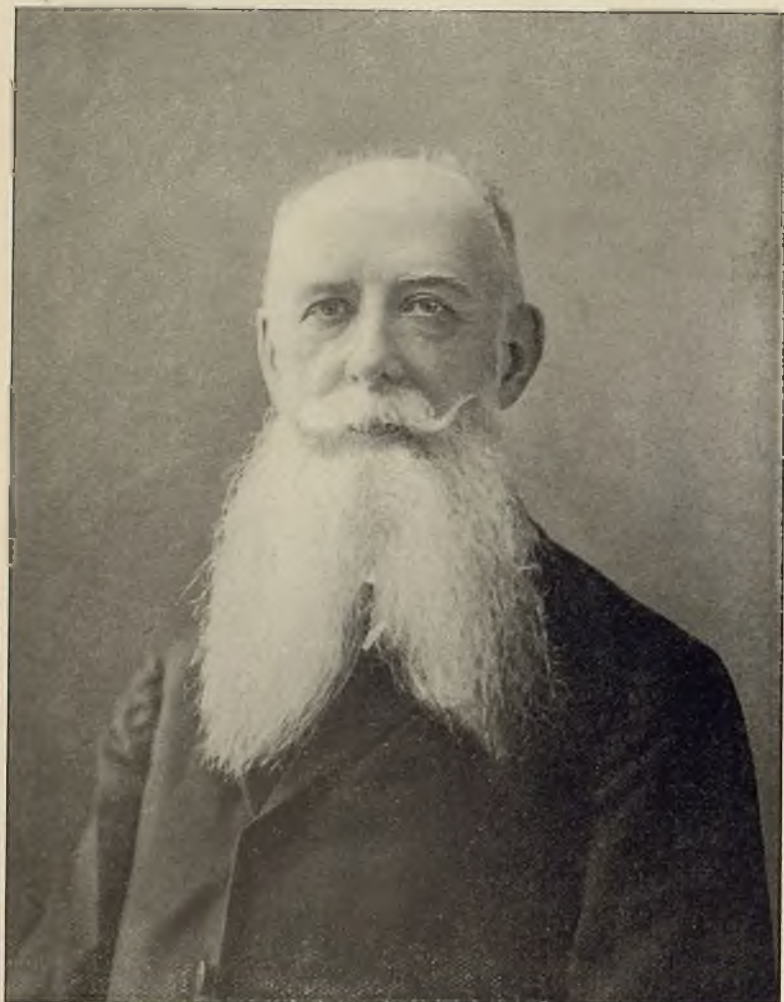
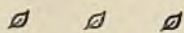
DIPLOMATICOS HISPANO-AMERICANOS EN PARIS



EXCMO. SR. D. FEDERICO PUGA - BORNE

Persona de vasta cultura y de gran autoridad, representa brillantemente á Chile, su patria, como ministro plenipotenciario, y es estimadísimo por la alta sociedad parisiense.

NOTABILIDADES HISPANO-AMERICANAS



DON PEDRO DE RIGALT

Nuevo presidente de la Cámara de Comercio Española en París. Su competencia en las cuestiones económicas le han llevado á este alto puesto, que ha comenzado á desempeñar con raro acierto, mereciendo por ello generales elogios.

El

Nuevo

Gobernador



Toda la ciudad convenía en que, como don Alfonso Muñoz de la Torre, no vendría en mucho tiempo otro gobernador á ejercer su imperio sobre la provincia, pacífica y mansa de ordinario; pero que, á ratos, se desataba en repentinas y formidables rachas de revolución agraria, gritos de los hombres del campo que caían sobre la ciudad como horda de bárbaros irruptores...

Cuando se anunció que llegaba el nuevo gobernador, todos se dedicaron en las tertulias morosas del estanco de la plaza Nueva, de los cafes del centro y de las tres ó cuatro sociedades de recreo que engalanan el pueblo, á investigar sus orígenes y antecedentes. Se rastreaba su linaje, sus relaciones, su fortuna...

Nadie le conocía en el pueblo más que yo. El nuevo gobernador era un engendro del periodismo liberal, un perpetuo redactor de todos los periódicos de gran circulación, que habia paralelizado su labor periodística con una carrera lenta, mesurada y ascendente, de administración civil.

Le fuimos á esperar á la estación Ramiro Mirabella, el fogoso orador, jefe de la juventud liberal, y yo, que habia sido compañero de redacción de *La Tarde*, en los tiempos de mi mocedad... tan lejana.

Era una tarde torva y negra. El viento huracanado soplaba con furia, y la lluvia

nos azotaba el rostro, la espalda, la nuca, sin defensa posible contra ella, á pesar de lo abrigados que íbamos en nuestros impermeables ingleses y cobijados bajo la cúpula sedea del paraguas frágil...

Desde la estación, después de los saludos de rúbrica, el nuevo gobernador se fué á casa á mudar de ropa y á lavarse. A la media hora hizo su entrada solemne en el Club Náutico, donde Mirabella y yo le habíamos citado.

Detrás de las vidrieras de la terraza, empañadas por la lluvia, veíamos vagamente bosquejarse los contornos de los transeúntes que cruzaban la plaza Central y el ancho puente de la Merced, donde retemblaban trepidantes los tranvías eléctricos y los coches de alquiler. Sonaban, metálicos y estridentes, los timbres de los trapvías. El gobernador entró, lento y majestuoso, con su aire de hombre de mundo que ha corrido países exóticos y ha conocido muchos hombres... y muchas mujeres.

Le sentamos en el centro, como compete á una autoridad superior, y hablamos de generalidades: de las próximas elecciones, de la construcción del muelle de Abántido, de la nueva plaza de abastos y del catarro bronquial que retenía en cama al señor marqués de la Vegasilente. El nuevo gobernador era hombre dicharachero y efusivo; á momentos, quedábase meditabundo y silencioso, como reconcentrado en íntimas meditaciones. Tenía un bello

bigote á la borgoñona; elevaba de vez en cuando las guías con un movimiento muy personal de su mano y luego oprimía entre sus labios el veguero que continuamente avanzaba entre ellos.

Parecía aquel gesto, un gesto de disgusto, la protesta del exterior cuando el alma se retorcia en un tormento espasmódico.



Miraba entonces vagamente, como con la imaginación perdida en una lejanía borrosa é indecisa... mientras sus ojos parecían fijarse en otra lejanía, indecisa también y borrosa, á través de los cristales de la terraza, empañados de lluvia, el paseo melancólico del Volantín, donde en claras tardes de verano tantas veces había ido él á pasear con su novia de juventud.

Porque el nuevo gobernador — aunque nosotros lo ignorásemos — había pasado anteriormente dos años de su primera juventud en la ciudad que hoy le recibía como autoridad suprema. Su padre, también perteneciente á la carrera administrativa, había sido destinado como secretario al gobierno civil de esta ciudad marítima, de donde salió ascendido para Madrid.

Era él entonces un muchacho de diez y ocho años, sentimental y soñador, muy dado á errar á las noches, bajo la luz de la luna, por barrios extremos, recitando á otros amigos versos de los mejores poetas, ó tarareando arias de óperas... Por entonces él mismo escribía poesías ardientes, trémulas, apasionadas, henchidas de la nostalgia de los países que no había visto y de los amores que no había gozado. Todo el sobrante de energías que no dilapidara aún en la vida, lo vertía en sus versos, versos acaso no perfectos de forma, pero altravesados por ramalazos de calor humano.

También en aquellos dos años sombríos de su juventud ilusionada se enamorara fervorosamente de esa niña rubia y fina que se llamaba Alicia Morúa, y que luego fué vulgar esposa del vulgarísimo empleado de la Diputación, Román Sarabia. ¡Qué lindo pelo fino y sedoso! ¡Qué ojos cándidos y azules de Madona! ¡Qué cuerpo torneado y flexible!...

La amó mucho, como se ama á los diez y ocho años, vibrantemente, pero un poco torpemente, desde el punto de vista social, cometiendo verdaderas ligerezas de chiquillo. Le dirigió versos encendidos, cartas llameantes de seis pliegos, que ella se fatigaba de leer; unos días la increpaba con furia de varón dominador, y otros la mimaba con ternura de hermano.

Y Alicia llegó á cansarse de este amor y empezó á ver en Román Sarabia un adorador humilde, que le rondaba la calle tímidamente mientras el otro estaba, encerrado en casa, componiéndole sonetos; un rendido y suplicante *cavalier servant*, con madera de excelente marido futuro. Además, ¡señor mío, los tiempos están malos, los sueldos de los empleados de Hacienda dan para tan poco cuando se tienen mujer y cinco hijos! Y Román estaba dispuesto á casarse en seguida, y la familia le apretaba un poco; y entre urgencias familiares y despechos de ella contra el romántico poeta, la atrocidad se consumó y la espiritual Alicia se casó con el gafío Sarabia, incapaz de hacer feliz á mujer alguna que no fuese una cocinera aldeana.

A poco trasladaron al padre del lírico á Madrid. Marchó toda la familia con él. Se abrió un horizonte amplísimo en la



vida del adolescente emocionado, y comenzó á crearse un renombre literario á la par que ascendía pausada y seguramente los peldaños de la escala administrativa. Alicia no había visto en él un porvenir asegurado; sabía por su padre que músicos y poetas suelen morir hambrientos en los hospitales, y su limitado criterio de burguesita no veía más allá de los consejos paternos, tan suaves y prudentes. «Hay que buscar un hombre que tenga la vida asegurada; ese muchacho, que tendrá mucho talento y todo lo que se quiera, no te da garantías de bienestar económico para casarse.» Y Alicia, sumisa y dócil, como todas las buenas muchachas españolas, cumplió la orden paternal y se casó con Sarabia, mientras el poeta entusiasta se alejaba de la ciudad marítima y lluviosa.

Y ahora volvía á la ciudad que cobijó sus ensueños y melancolias de mozo, y sus primeras amarguras de hombre. Pero ¡cómo volvía! ¡qué distinto! No era ni sombra del poeta fervoroso y puro en él; el hombre había sobrevivido y sobrepujado al poeta *mort-né*... como ocurre siempre, y es preciso que ocurra para que la vida normal siga su curso armónico.

Cuando el nuevo gobernador se despidió de nosotros y salió del Club, todos convinimos en que era muy simpático y en que merecía tener acierto en su gestión gubernativa.

Llovía fieramente. El viento oblicuaba las cortinas de la lluvia, arrojándolas con furia sobre las vidrieras de la terraza.

En la plaza Central le vimos tomar un coche de punto, que le condujo al gobierno civil. Allí, á solas en su despacho, quedóse un instante en recogimiento íntimo, pensando en el rodar de su vida triste, en una soltería sin afectos, á través de viejas ciudades españolas. El edificio del gobierno estaba en una callejuela angosta y poco transitada, donde sólo se oía el batir de la lluvia sobre las aceras.

Acababa de ponerse á la labor ardua de ordenar los papeles de su antecesor, cuando llamaron á la puerta del despacho. Una voz flúida y débil de mujer murmuró:

— ¿Se puede?

— Adelante — dijo el nuevo gobernador, con voz algo tonitronante, como para acostumbrarse á hablar en tono de mando.

Y vió ante sí una figurilla flaca, escuerrida y endeble, una sombra, un vestigio, una entealequia de mujer, envuelta en un manto largo, largo, largo, negro, negro, negro... Sólo los ojos brillaban como dos lámparas votivas en lo alto de aquella cara pálida, demacrada, espectral. ¿Dónde había visto él otra vez aquellos ojos cándidos y azules de Madona? ¿Acaso

en una vida anterior? — pensó el gobernador, que era un poco aficionado á la creencia en la transmigración de las almas. — ¿Tal vez aquella mujer era la Beatrice ideal de un Paraíso... perdido? Una reminiscencia sentimental y absurda de una vieja zarzuela, de *Marina*, que estaba en boga cuando él era un poeta soñador y amaba á la encantadora Alicia, le atravesó el cerebro:

Alma mía, que has soñado
un mentido paraíso...

¡Oh, qué ideas más extravagantes germinaron por un momento en el burocrático cerebro del nuevo gobernador!... Pero las supo acallar á tiempo y exclamó, dirigiéndose á la sombra de mujer:

— ¿Qué desea usted, señora?

— Pues mire usted, yo tengo una pensión desde que falleció mi marido, hace tres meses... Mi marido, ¿sabe usted? era un empleado de la Diputación... ¿Quiere usted creer que por no sé qué trámites de expedienteo todavía no he percibido un céntimo de esa pensión?

— Eso es anómalo, señora, y no dudo que le asiste la justicia en todo y por todo — contestó el gobernador.

— Pues yo venía á suplicar de Su Excelencia que ya que se hace cargo ahora del gobierno, tome con interés mi petición, tan justa.

— ¡No faltaba más, señora!

— Además, yo me he permitido importunarle, fiada en una antigua amistad.

— ¿Cómo? — interrumpió el gobernador extrañado.

— Pues sí... — dijo vacilante la sombra del manto negro. — Usted no se acuerda de mí... ¡Claro, está una tan vieja y tan distinta! Pero usted me conoció de niña, y bien guapita y lozana que estaba entonces, según decía la gente.

— ¿Usted es acaso...? — preguntó tímidamente el gobernador.

— Yo soy... sabe usted... la viuda... de Román Sarabia... La viuda de dos: de mi marido... y de un amor que tuve de niña... que no he olvidado nunca — musitó temblorosa.

Al gobernador parecióle que se desplomaba encima todo su pasado sentimental y que la vida volvía atrás su curso en una rápida y suprema añoranza, como en un naufragio.

Y, volviéndose hacia la enlutada, no supo si dijo ó gimió:

— ¡Alicia, qué cruel es la realidad!... La vida te llevó al poeta y te devuelve á un mísero gobernador civil...

Lloraba en tanto, perturbadoramente, la sombra del manto negro, negro, negro, largo, largo, largo...

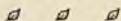
ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO.



DOS GRANDES ENEMIGOS DE LOS POETAS

POR

AMADO NERVO



Todos hemos oído contar que Platón desterró de su República á los poetas, y hay que convenir en que muchas, muchísimas gentes, no saben de Platón los cronistas cursis).

Pero es cierto que Platón odiaba á los poetas?

En una de esas mansas tardes otoñales de España, en que después de las tareas obligatorias

más que dos cosas: primera, que no quería á los poetas; segunda, que fué el apologeta de ese amor que, derivándolo de su nombre, se ha llamado *platónico*...

Recuerdo de cierto poeta amigo mío que sólo sabía estas dos cosas de que hablo, y que le bastaban para odiar al divino filósofo.

— ¡Ese Platón que desterraba á los poetas! — decía.

Y por el tono de su voz y por la actitud y el gesto, caía uno en la cuenta de que, en concepto de mi amigo, Platón era algo así como un presidente de República, obtuso y tiránico, que no dejaba vivir en su país á ningún « portalira » (como dicen

se vaga por entre los árboles del Retiro, encendidos en oro vivo, con un libro sereno bajo del brazo, conviene resolver cuestiones así, á fin de aquietar el espíritu, angustiado á veces por la locura de los hombres y por la insensatez de la guerra civil (el mayor de los males, como la llamó Pascal).

Más he aquí que ha salido de los puntos de la pluma este otro nombre prestigioso, que nos recuerda á un segundo enemigo de los poetas.

Platón y Pascal, en efecto, los despreciaron igualmente.

En el *Ion* el filósofo por excelencia, el divino griego, sediento de perfección, con-

sidera al poeta como algo absolutamente pasivo, que está inspirado por los dioses, que experimenta ó «sufre» su inspiración, sin tener nada de espontáneo ó de personal; como á un ser *imantado* por lo invisible, que imanta á su vez al rapsoda, el cual imanta á la multitud (1). En suma, y dejando á un lado metáforas, como á una especie de loco, bastante divertido, á quien hasta conviene, si usledes quieren, respetar, porque es *ligero, alado y sagrado*, y hay algo en él de demoníaco (en el sentido griego de la palabra: «Sócrates tenía su demonio familiar»).

A pesar de lo alado y sagrado, no debe darse al poeta importancia alguna en la ciudad. En resumidas cuentas, no es más que un niño amable, gracioso... é insignificante.

Justamente el papel de intermediario é instrumento de los dioses, que parece enaltecer al poeta, le quita, en concepto de Platón, toda su importancia.

Yo, glosando en mi libro *Serenidad* el clásico *Antrum adjuvat vatem*, recuerdo haber dicho (y no pretendo por cierto expresar nada nuevo):

Si mis rimas fuesen bellas,
Enorgullecirme de ellas
No está bien;
Pues nunca mías han sido
En realidad: al oído
Me las dicta... ¡no sé quien!
Yo no soy más que el acento
Del arpa que mueve el viento
Veloz;
No soy más que el eco débil,
Ya jubiloso, ya flébil,
De una voz.
Quizás, á través de mí,
Van repartiéndose entre sí
Dos almas llenas de amor
En un misterioso estilo,
Y yo no soy más que el hilo
Conductor...

¿Qué importancia — diría Platón sonriendo con su aristocrática, irónica y elegante sonrisa de ateniense — qué importancia vamos á concederle á este hilo conductor?...

Por lo demás gran número de altos poetas y artistas han confesado el carácter mediumnístico de su inspiración. Alfredo de Musset dijo: *On ne travaille pas; on écoute: c'est comme un inconnu qui vous parle à l'oreille*; y Lamartine: *Ce n'est pas moi qui pense, ce sont mes idées qui pensent pour moi*.

Sully Prudhomme nos dice en *El extranjero* (admirable traducción de Balbino Dávalos), *Musas de Francia*:

Me pregunto á menudo: ¿De qué raza has venido?
Tu corazón nada halla que lo encante ó captive,

Nada que tus sentidos ni pensamiento avive,
Cual si un bien infinito se te fuera debido.

Mas di: ¿Qué paraíso para siempre has perdido?
Cuál es la augusta causa que por tu esfuerzo vive?
¿Cuál tu propia grandeza, la virtud que motive
Que en el mundo lo mires todo vil, corrompido?

Un origen requieren este auelo divino,
Estas vagas nostalgias de un edén que adivino,
Mas en vano lo busco dentro mi corazón.

Y atómilo yo mismo del dolor que me oprime,
Llorar escucho en mí un ser raro y sublime
Que me ha ocultado siempre su nombre y su nación.

El exquisito Gutiérrez Nájera expresó con delicado acierto:

Yo no escribo mis versos, no los creo;
Viven dentro de mí; vienen de fuera:
A ese, travieso, lo formó el deseo;
A aquel, lleno de luz, la primavera...

Beethoven pretendía escuchar sus sinfonías en el aire... Señal de que era un instrumento armonioso que manejaban manos invisibles...

No concedamos, empero á ese instrumento mayor estimación que á un teléfono. Napoleón, para quien la música era el menos desagradable de los ruidos, no le hubiera concedido ninguna... y ninguna le conceden tampoco ciertos médicos, los cuales pretenden que el genio sólo es una de las formas del... *artritisismo*.

Pero, volviendo á nuestro Platón, éste, en *Fedra*, afirma que la poesía es un delirio y el poeta un alma como fuera de sí misma. Establece, además, en otra parte, una jerarquía que viene desde los dioses hasta el más bajo nivel de las almas humanas y en tal jerarquía el primer sitio después de los dioses se atribuye á los filósofos... y el noveno á los poetas.

Estos últimos son seres incapaces de pensar por cuenta propia: Los dioses ó nùmenes les administran el cerebro.

La verdad es que cuando venos á algunos poetas tan retóricos, tan atiborrados de erudición nimia, tan inflados de vanidad, le damos la razón al gran discípulo de Sócrates.

Justamente haciendo hablar á Sócrates en la *Apología*, Platón nos dice por su boca:

«Fuí á buscar á los poetas, tanto á los que hacen tragedias como á los poetas ditirámicos y á los otros, y no dudaba por cierto que tuviese yo que humillarme, encontrándome mucho más ignorante que ellos. Tomé ciertas obras suyas que me parecieron más trabajadas y les pregunté lo que habían querido expresar en ellas y cuál era su designio, á fin de instruirme yo mismo... Me da vergüenza, alenienses, deciros la verdad; pero es fuerza que os la diga, á pesar de todo: no había un solo de los hombres allí presentes que no fuese capaz de hablar y de razonar acerca de los poemas, mejor que los mismos que

(1) Pour qu'on lise Platon, Emile Faguet.

los habian escrito. Conoci en seguida que los poetas no están guiados por la sabiduría, sino por ciertos movimientos de la naturaleza y por un entusiasmo semejante al de los profetas y adivinos, que dicen cosas muy bellas sin comprender nada de lo que dicen... Los poetas me pareció que se hallaban en el mismo caso, y al propio tiempo me di cuenta de que á causa de su facultad poética se creían los mas sabios de los hombres en todas las demás cosas, aun cuando no entendiesen nada de ellas. »

* * *

Platón, hasta en sus desprecios, era elevado, y la verdad es que vale la pena de que se nos humille á los poetas llamándonos simples instrumentos, si se ha de añadir que lo somos de los dioses.

Pascal, grande quizá como Platón, pero no como el sereno, sino más bien inquieto y torturado, tuvo para los poetas desdenes no menos duros.

Hablando de la belleza poética, « Así como se dice « belleza poética » afirma — debiera decirse « belleza geométrica » y « belleza medicinal »; pero no se dice, y la razón es que sabemos bien el objeto de la geometría, el cual consiste en pruebas, y sabemos el objeto de la medicina, que es curar (Pascal creía ingenuamente que la medicina cura...) Pero no sabemos en qué consiste la amenidad, que es el objeto de la Poesía, y á falta de saberlo

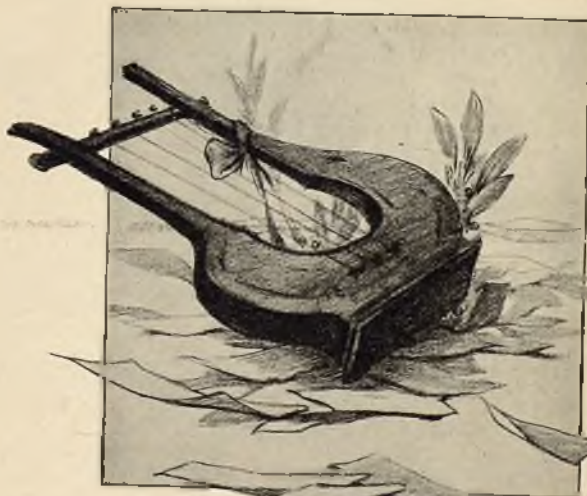
se han inventado ciertos términos peregrinos... Mas quien se imagine á una mujer conforme al modelo que consiste en decir cosas pequeñas con grandes palabras, verá á una linda señorita llena de abalorios y cadenas, de la cual reirá; porque se sabe mejor en lo que consiste el encanto que proporcionan los versos.

» Pero los que no entienden nada del asunto la admirarán con tales atavíos; y en muchas aldeas se la tomaria por reina. De aquí que á los sonetos hecho sobre ese modelo, les llamemos las Reinas de Aldea. (1) »

Dentro de la relativa ambigüedad de estas palabras, cuyas alusiones inmediatas no son muy claras, late el gran desprecio que siente un hombre todo pensamiento por la rima espejeante y osentosa. Pero así como « burlarse de la filosofía es verdaderamente filosofar » (según el mismo Pascal), así también burlarse de la poesía no es en suma sino poetizar... á menos que sea algo más triste : ¡ impotencial !

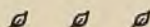
Por lo demás Platón, en sus teorías de perfeccionamiento, que le valieron el nombre de divino; Pascal en su noble inquietud, en su continuo pensar, y ambos en su ágil vuelo hacia el ideal, fueron, sobre todo, poetas, dos grandes poetas, que con su poesía augustiniana elevaron el espíritu humano.

AMADO
NERVO.



(1) Blaise Pascal, *Pensees* (Section 1 n.º 33).

LA BOHEMIA LITERARIA EN ESPAÑA



ENTRE mis papeles viejos hay dolientes biografías de hombres modestos y desconocidos. La personalidad de éstos me atrajo siempre: sufrieron en silencio, y, con ese doloroso orgullo de las almas desgraciadas, callaron sus desventuras sin turbar á nadie con su relato. No convirtieron en materia explotable las hondas melancolías de su existencia atormentada é infeliz, ni legaron á un diccionario la narración de exhibicionistas y farandulecas tristes. ¿Quién conoce, por ejemplo, al poeta Vicente Sáiz Pardo, que en el año 1848 se suicidó en Madrid, después de haber sufrido aquellos desengaños y humillaciones que conocen los que aquí se entregan al cultivo de las letras? ¿Dónde, en qué antología ó en qué obra de historia literaria, figura el nombre de J. Iza, otro escritor que en 1851 también se suicidó en Madrid, legando á la posteridad, como el primero, la herencia de unos versos desesperados y clamorosos? ¿Y dónde se halla mencionado el pobre periodista Elisardo Ulloa que en 1864 murió en el Hospital General, cerrando con tan triste muerte una corta vida de horrores á la que no se puede comparar ninguna otra, no siendo la de aquel Imbert Gallois, immortalizado por Victor Hugo?...

Y, sin embargo, fueron notables escritores, inspirados y sentimentales poetas, activos periodistas, dignos de que se les conociera y se les amara. Sus figuras se destacan del sombrío cuadro de la bohemia literaria española, y llegan á nosotros á hablarnos de esta bohemia que, de definirse de algún modo, había de ser de distinta manera que, como «cuestión de melenas, juventud y buen humor», según afirmó alguien.

Lo biografía de Sáiz Pardo é Iza, es la de todo muchacho provinciano que llega á Madrid á buscar la gloria, y de paso algún dinero, sin más talismán para tan difícil conquista que una peligrosa aptitud



El poeta y dramaturgo español Francisco de Rojas, que, según es fama, robó capas en noches de hambre é indigencia, para alimentar con su importe á la dama de sus pensamientos.

para escribir versos. La del tercero, es más interesante, ofrece particularidades y detalles curiosos algo novelescos, sentimentales y tristes, dignos de ser contados.

Era redactor de *La Bolsa*, periódico dirigido por D. Vicente Alonso Valdespino que tenía la perniciosa costumbre de asignar á los que bajo sus órdenes trabajaban, sueldos hipotéticos que no les pagaba nunca. Alrededor suyo giraba un núcleo de muchachos á quienes, no haciéndoles falta el dinero perentoriamente, podíaseles contentar con facilidad con alguna que otra entradilla de teatro y un título alisonante de redactor del diario. Pero el pobre Ulloa, sin más armas para la lucha por la vida que su pluma, careciendo de lo más preciso, fué cayendo y hundiéndose en la miseria, que pronto lo tuvo por suyo.

Hacia las reseñas del Congreso en aquellos días en que en la tribuna de la prensa se veían hombres de la talla de Castelar y Carlos Rubio. Y cuentan los compañeros de Elisardo Ulloa, que éste ocultaba su indigencia con púdico y admirable recato. Mas á pesar de su escrupuloso silencio, sabíase que careciendo de hogar, pasaba las noches en la cripta de San Ginés, ó en cualquier banco del Prado. También dijo algúno de los que le vieron que varias veces lo encontró al amanecer lavándose el rostro en alguna fuente, ó limpiando su ropa en ella, porque habéis de saber que el desventurado era pulcro

y cuidadoso del aliño de su persona. Los pañuelos, las camisas, los cuellos, adecentábalos allí con estupefacción de las gentes, que se extrañaban de ver aquel señorito melenudo, entregado á faena tan insignificante y vergonzosa.

¡Hurano y desdeñoso, con aquel hondo menosprecio hacia las cosas de este bajo mundo que se experimenta al comprender que la vida no vale la mitad de los sacrificios y esfuerzos que hacemos por conservarlas, acudía al Congreso, y oyendo el exaltado y lírico discurso de alguno de aquellos grandes tribunos — Río Rosas, Rivero, Olózoga, — sonreía desengañado é irónico. Las rotundas y sonoras frases de su oratoria cálida y apasionada, encontraba en el corazón del folclórico un eco de melancolía.

Huérfano y pobre, hambriento y muerto de sed, caminaba por el áspero sendero de un mundo hostil, que sólo tenía espinas que desgarraban sus pies, mal cubiertos por unas botas sin suelas... Y enfermó gravísimamente. Una mañana, al pretender levantarse del duro banco donde durmió la anterior noche, hallóse con que no podía, con que sus miembros, entumecidos por el frío, calados por la lluvia nocturna y el relente matutino, eran incapaces de ejecutar movimiento alguno... Y con voz ronca, dulcificada por una triste sonrisa, llamó al primer transeunte pidiendo auxilio. Acudieron varios, y entre todos lo llevaron al hospital. Antes de ingresar, un empleado escribió con mano indiferente el nombre de Elisardo Ulla en un libro donde quedó sepultado. A cambio de él diéronle un número, y se convirtió en un guarismo con el que en la horrible aritmética de la vida iba á ser eliminado como una enojosa incógnita... Y ya en la cama — de colcha roja floreada con enormes rosas blancas — cerró sus ojos. Quiso dormir; pero el tumulto de sus pensamientos se lo impedía...

Algo terrorífico y misterioso le conturbaba. Acordábase de su niñez, de su mocedad, de su periodismo, de sus afanes. Y fué débil é intentó rezar; pero ya no recordaba las oraciones que, aprendidas de chico mecánicamente en la obscura escuela de la ciudad remota, olvidó al

empezar á ser hombre. Frente á la muerte pidió cuentas á la vida. Mas ¡ay! en la suya no existía nada que rompiera la uniforme monotonía de la desgracia. ¿Amores?... Los de la casualidad; aventurillas vulgares, fugaces y módicas. ¿Amistades? Transitorias y superficiales... Verdaderamente, la felicidad es el patrimonio de unos pocos que la han monopolizado para sí y para los suyos... Y pasa el tiempo. Y al obscurecer de un día de otoño,



Elisardo Ulla, redactor de «La Bolsa», que murió en el Hospital General de Madrid en 1864. (De un periódico de la época: «El Museo Literario»)

muere el pobre periodista. Los periódicos le consagran un triste é inexpressivo suelto: «era bueno, ilustre, generoso... Y el día del entierro, penosamente avanza por la carretera un furgón mortuario llevando el cadáver del desventurado. Unos camaradas le acompañan. Van á pie detrás de él. Atraviesan el campo. Marchan silenciosos y pensativos. Aquel muerto es un símbolo y un espejo: es algo así como la juventud de todos que camina en un triste y lluvioso día, calle arriba, sin ritos y

sin preces, á un húmedo cementerio cercano á un río... Al mismo tiempo es una advertencia... Todos recuerdan su carácter dulce y tímido, sus largos cabellos rubios, sus ojos azules que miraban con resignación... Ya entrada la noche regresan del camposanto... En la ciudad les aguarda la vida, la vida de las grandes far-sas y de las grandes falsificaciones... Allí, en la tumba común y anónima, quedó la víctima que había devorado el monstruo... El mundo no se detiene ante los caídos... El nombre de Elisardo Ulloa se olvida, sus desventuras se borran de la memoria de los que le conocieron. Diariamente siguen entrando en las redacciones jóvenes audaces que quieren á todo trance conquistar la gloria...

Carlos Rubio, escritor y periodista, donde se cristaliza, de manera expresiva y fiel el espíritu de la raza perezosa, utópica y genial, ha sido de los pocos hombres que supieron vivir sin ambición en un ambiente de falsificación y codicia. Y mejor que á Moreno Godino le cuadró el título de «príncipe de los bohemios». Porque Rubio fué desprendido, generoso, holgazán é imprevisor, y levantó con sus esfuerzos reputaciones é ídolos sin guardar para sí ni para los suyos el más leve beneficio.

El día 7 de octubre del 1913, murió en una misera guardilla de una casa de Santander, la viuda de Carlos Rubio, en una vergonzante y aflictiva miseria. Y Carlos Rubio fué el Desmoulin de nuestra revolución de Septiembre, el consejero y confidente de Prim y Calvo Asensio, el cama-

rada de Sagasta, que habiéndole ido á buscar, cuando ya don Práxedes estaba próximo á lograr una cartera ministerial, halló entre papeles y libros, polvoriento y olvidado, un billete de quinientas pesetas en el despacho de Carlos Rubio, que había salido en aquel momento á proporcionarse dinero para comer, aquel día!

El público, el gran público cuyas opiniones hay que dárselas ya hechas, tiene acerca de este asunto una idea confusa. Desconoce la existencia del gran número de poetas y escritores españoles que rindió tributo con sus desgracias á la diosa negra de la Literatura, é ignora, por consiguiente, que en España existe una tradición bohemia no menos pintoresca y trágica que la dada á conocer al mundo por los novelistas franceses! Y qué tradición, ó mejor dicho, qué triste dinastía! Hay que estudiar en las fuentes directas de información y sorprender su latido en las páginas de los periódicos arcaicos y los libros primitivos. Porque España es el único país donde el letrado trabajó siempre contra la adversa fortuna, gastando más

energías que las necesarias para componer *La Iliada*, en conseguir un pedazo de pan. Desde aquel comediante que robaba capas, para alimentar á su dama, hasta el pobre y genialísimo Pedro Barrantes, muerto hace poco más de un año, la historia de la bohemia literaria en España, pródiga en ejemplos dolorosos, se nos muestra incógnita é indescifrada. Y darle publicidad aunque sea relativa y fragmentaria, nos parece digno é interesante.

JUAN LÓPEZ
Y NUÑEZ.



Carlos Rubio (de «La Ilustración Española y Americana», año de 1871.)

“Le Chic”

Cartas de una parisiense

por SIMONE



DESDE hace dossemanas he visto tantos modelos, que me encuentro muy apurada para afirmar cuál de ellos se llevará.

De este enjambre de vestidos, hay pocos modelos dignos de que se llame la atención acerca de ellos. Se han lanzado las formas más excéntricas; pero el gusto de nuestras elegantes ha hecho rápida justicia á estas tentativas de mal gusto.

Entre las primeros intentos debo señalar el retroceso á las afectadas pastoras de Lancrét, moda que no conviene apenas á las modernas mujeres que pueden adoptarlas, aportando una nota francamente nueva en la elección de los tejidos.

Estos, de seda ó de tafetán, son los favoritos de la temporada, y si los señalo desde ahora, debo advertir que la

elección de un tejido para la «toilette» tiene tanta importancia como las formas ideadas por el modisto.

Estad seguras de que á la tela, á su calidad, á su apresto, á la finura de su colorido, se debe el encanto irresistible de una «toilette», ese encanto que nose puede describir.

El arte del vestido radica hoy en los adornos; hay drapeados que son verdaderos hallazgos, y todos los modelos tienen adornos artísticos y de refinado gusto. La elección de la hechura constituye una verdadera emulación entre los modistos; así es que hay que elegir entre mil modelos distintos.

De todas las exposiciones de grandes modistos que he visitado, he sacado la certeza de que este verano se llevarán



fina y esbelta, y obtienen modelos armonizando las formas rectas con aberturas reales ó simuladas por medio de volantes. He visto faldas estrechas por abajo y anchas por las caderas, gracias á su forma de « panier ».

En esta clase, he aquí un lindo modelo del más gracioso estilo siglo XVIII, tanto por su forma como por sus finos colores Pompadour; el cuerpo está sostenido por los hombros con una hilera de diamantes que enriquece la armonía de los tonos. Lleva cola postiza drapeada.

Otro modelo de tafetán verde imperio. El delantero y la parte de detrás forman como un tablón recto y la falda está drapeada por los lados. El cuerpo recuerda

los vestidos amplios. Esta amplitud no tiene aún la exageración que temen las mujeres, pero se acerca á ello.

Algunos modistos continúan fieles á la línea

los holeros de 1830, el cual es muy corto á fin de que se vea la blusa.

La nota nueva de esta « toilette » la da una cenefa bordada que también se ve en las salidas de teatro.

He visto un abrigo de crespón amarillo con cuello « Robespierre », adornado con plumas blancas y otro de raso cereza con un cuello del mismo tono.

Para los vestidos de hechura de sastre he visto lindos modelos en las carreras y en la calle. La figura 3 da una idea de él. Es de muaré de lana. La primera falda está abierta sobre una segunda de suficiente anchura para



poder andar cómodamente. El cuerpo es un holero abierto sobre una blusa blanca.

Otro traje también de hechura de sastre está hecho de « gobar-



dine » rojo, ensanchado por los plisados de la falda que parten de un delantero para drapearse por detrás, que recuerda la moda de 1880.

En estos vestidos se adoptan todavía los movimientos de túnica á lo « Gainsborough ».

Por la noche se llevan vestidos de tafetán azul con túnica naranja.

Estas Pascuas verán nacer encantadores modelos.

Los periódicos se han ocupado en estos días de la crisis del maniquí.

Faltan lindas jóvenes, en los grandes talleres de modistas, que se avengan á prestar las bellas líneas de su cuerpo para presentar las novedades á la aristocrática cliente. Y si la crisis continúa, nuestras elegantes se verán forzadas á ver sus galas sobre muñecas artificiosas, en lugar de las lindas *poupées* vivientes, que realzan sus encantos — ¡ay, pasajera! — en los salones de los modistos con los trajes de seda con que otras mujeres, seguramente menos bellas, podrán ufanarse...

Esperemos que todo se arreglará, Dios mediante.

SIMONE.



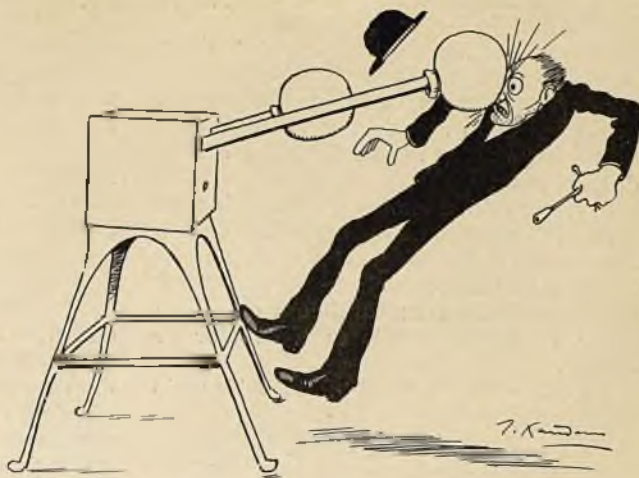
EL MUNDO PINTORESCO



Una vista de uno de los lagos de la República de Panamá, antes de haberse hecho el famoso canal que une los dos océanos.



La Quincena Parisiense



La condición humana es que nadie esté contento con lo que tiene. Hay quien es ampliamente felicitado por tener una corbata con música, y, sin embargo, lanza suspiros mayores que el Arco del Triunfo porque no posee voz de tenor.

Esto ocurre, principalmente, con las profesiones, y por eso los casos de León Bourgeois, que de político quiere transformarse en académico, Tristán Bernard, que sueña con abandonar su gloriosa carrera de autor por abrazar la de cómico, y el dibujante Sem, que renuncia á pintar *monos* por escribir novelas, son pruebas elocuentes de lo que digo.

La vida de París es inquieta, y hay veces que un señor que tiene una larga historia como especialista en embalajes de

piezas de algodón, nos sorprende, presentándonos como inventor de una maquinilla para dar cogotazos á su criada, en el caso de que ésta rompa una sopera ó nos estropee el hígado, no el propio, sino aquel con que pensamos refocilarnos á la hora de la cena.

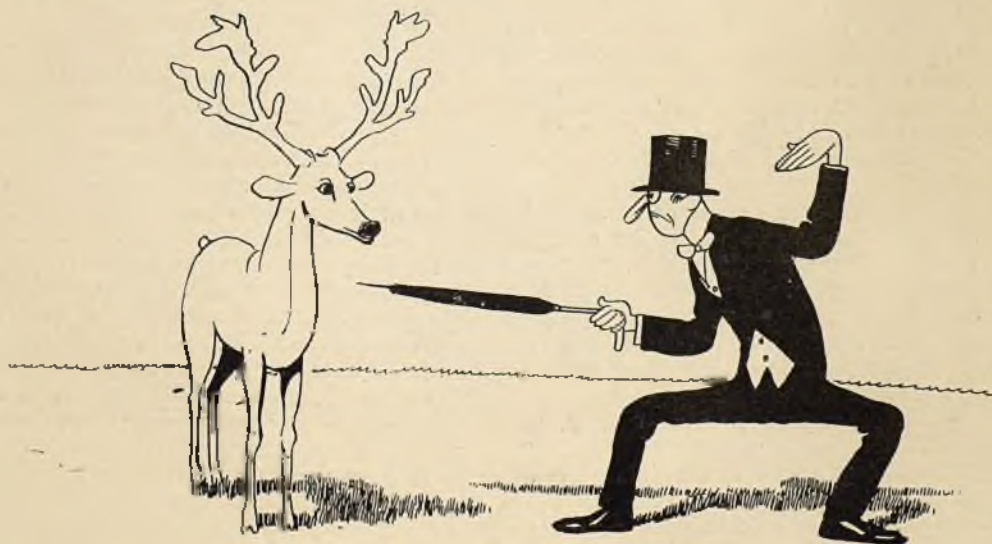
— ¿Y los asuntos?

— No marchan.

— ¿Es que la gente no usa algodón?

— ¡Uf, no me hable usted de eso! Desprecio las telas en todas sus manifestaciones. Lo importante para mí, ahora, es encontrar un tornillo.

La consideración de que aquel ciudadano carece de un tornillo, nos produce cierto temor, puesto que está abocado á la locura; pero él nos tranquiliza, diciendo:



— Figúrese usted que todo marcha á la perfección en mi máquina de repartir bofetadas; pero no sé qué la ocurre, que cuando la echo á andar, se vuelve contra mí y soy yo quien recibe los golpes. Estoy desesperado.

Al decir esto, además, se palpa los carrillos, porque aún está resentido del último ensayo general y con todo que ha hecho de su invento. ¿Esto por qué? Por no acomodarse á su condición de emba-lador y querer, por lo tanto, variar de cédula.

Aquello que decía el difunto Tenorio (don Juan) de

*y será quien siempre ha sido
no queriéndolo ahora ser,*

parece que es el espíritu moderno que ins-pira nuestros actos. No ser lo que siem-



pre se ha sido, ¿por qué?

Esto nos reserva las naturales sorpre-sas, pues jamás sabemos quiénes son las personas que nos presentan. Ahora, con la locura del tango, es cuando mayores pruebas hemos tenido de eso.

— ¡Caramba, qué bien baila ese caba-llero!

— Primer premio en el concurso orga-nizado por la sociedad de *La caza del ciervo con paraguas enjundado*.

— Pero ¿en esa sociedad se baila el tango?

— Naturalmente.

— ¿Y qué relación tiene el contoneo ar-entino con el *sport* cinegético?

— Ninguno; pero por eso mismo, pre-cisamente.

Cuando nuestras dudas han quedado plenamente desvanecidas, creemos que es un verdadero acierto hablarle al bailador

de caza, y á las primeras palabras nota-mos que nos oye con la misma sorpresa que si le dirigiéramos nuestras felicitacio-nes en chino.

— Usted perdonará que no le replique nada, pero de eso no entiendo.

— ¿Siendo socio de una asociación de caza?

— Por eso mismo. Crea usted que lo que domina es el tango. ¿Se ha fijado us-ted en el trenzado que he hecho después del pasavolante?

¡Horror! ¿En qué época vivimos? ¿A dónde vamos á parar con semejante ma-nia de no hacer nadie aquello para lo que está capacitado? Los casos de Sem, Bour-geois y Bernard se presentan continua-mente en la vida parisiense.

— Amigo mío, contamos con usted para nuestra reunión del próximo miércoles.

— Agradecidísimo.

— ¡Oh! será una *soirée* encantadora, pues contamos con un magistrado que hará entretenidos juegos de manos y con un boticario que es una maravilla tocando la flauta.

Efectivamente, en la tertulia de aquella señora, nos damos perfecta cuenta de que nadie hace lo que sabe y hasta muy bien puede darse el caso de que nos llame la atención un señor que se destaca por su inusitada alegría.

— ¡Qué individuo más festivo! ¿Quién es?

— Un médico forense, que goza de gran popularidad haciendo autopsias.

¡Y esto ya es el colmo! ¡Qué época la presente!...

*
* *

Esta misma intranquilidad en la vida se manifiesta también entre las damas, y ante la proximidad de la lucha electoral, he aquí, ó allí, si ustedes lo prefieren más lejos, que las mujeres francesas, imitando á las inglesas, comienzan á mostrar gran-des deseos de emitir su voto.

Por mi parte, creo que galantería obli-ga y debe concedérsele, y si para empe-zar se contentan con el mío, y quieren ejercerlo en Madrid, sección 22, situada en la calle de Jacometrezo, según se entra á la derecha, pueden desde luego hacerlo. ¡Tan feliz como sería una de estas damas sufragistas votando, y á mí que no me sirve para nada mi derecho!...

Afortunadamente, hasta ahora, las sufra-gistas francesas se presentan más pacifi-

cas que un guardia urbano, pero la agitación comienza á ganar terreno y ya hay discusiones tremendas en los hogares que siempre fueron tranquilos.

— Tenemos que ir esta tarde á visitar á la Machin.

— Imposible. Tengo reunión electoral á todo foro con otras cuantas señoras que piensan, como yo, que ha llegado el momento de que la mujer levante su voz.

— ¿Más todavía? Si precisamente das unas voces que ayer mismo subió la portera, pensando que me ocurría alguna desgracia en casa ó que estabas domesticando fieras.

— La portera es una imbécil, y está incomodada porque en la caja de las *ordures* ha encontrado aquel retrato de su marido que me dió el día de mi santo, pensando que la iba á agradecer el recuerdo.

— Sea lo que sea, eso que intentas tú y otras perturbadoras como tú, es una ridiculez.

— ¿Por qué? ¿Porque somos el sexo débil, el inofensivo, el más sencillo? ¡Ahora verás!

Al decir esto, la impaciente sufragista, para demostrar lo de la debilidad del sexo, coge una sopera y ¡zas! se la estampa en la frente al marido. Este, como es natural, contesta á la agresión agarrando á su señora por el moño y la pasea por el suelo, como si fuesen las mulillas arrastrando un Veragua.

Cuando los vecinos acuden, el marido se limita á decir:

— No se intranquilen ustedes. Es que tenemos una sencilla discusión política, y cada

uno está exponiendo sus ideas. ¿Con que voto, eh?

Y sacude á su costilla un nuevo puñetazo en un vacío.

Verdaderamente, las mujeres que luchan por el voto están pasando ratos muy amargos; pero, en cambio, ¡qué satisfacción experimentarán el día que triunfen y puedan emitir sus opiniones en la Cámara!

— Pido que se apruebe mi proposición de ley, declarando abolido el uso de los calcetines.

Como es lógico, todos los diputados masculinos se extrañarán de tamaña idea, pero la diputada apoyará su proposición diciendo:

— Si, señores; es necesario que la gente cese de decirnos que debíamos ocuparnos en repasar dicha prenda. ¡Suprimiendo los calcetines, se acabó el repaso!

Por ahora no parece que las sufragistas de allende ó aquende el Canal lleven muy adelantado el logro de sus propósitos.

¡Qué lástima! Yo me atengo á mi oferta. En la calle de Jacometrezo tienen un voto á su disposición.

*
* * *

En los círculos políticos se habló, á última hora, de un descubrimiento prodigioso.

Se trata de un óptico que ha conseguido construir unos lentes para los ojos del queso de Gruyère.

La noticia es estupenda. ¿No les parece á ustedes que debía constituirse una sociedad para explotar el negocio?

A. R. BONNAT.



el gran mundo



Asociación hispano-americana

El miércoles último celebró esta importante Sociedad una interesante fiesta franco-italo española en la sala Villiers, de París.

Comenzó el acto con una magistral conferencia del doctor Cobos acerca de Vasco Núñez de Balboa y el descubrimiento del Océano Pacífico. Con palabra elocuente trazo el orador los puntos más salientes de la historia del famoso descubridor, para quien tuvo frases de agudo ingenio, que se desgranaron como perlas en el curso de la peroración. La descripción del momento en que Balboa divisa por primera vez el mar Pacífico y toma posesión de éste en nombre de España, fué hecho en tan sonoros párrafos, con tan cálido acento, que la numerosa y selecta concurrencia aplaudió entusiasmada al brillante orador, que estuvo felicísimo.

Terminó la fiesta con un escogido concierto, en el cual tomaron parte los artistas españoles señor Jiménez, notable violinista; señor Torner, pianista de gran mérito; señor Bocardí, tenor excelente; el pianista Cases, prodigioso de gusto y agilidad, y los guitarristas y bandurristas señores Andrés, García, Peyro y Arteche, que fueron aclamadísimos.

Mademoiselle Astoria cantó con mucho arte la polonesa de *Mignon* y las «cárceleras» de las *Hijas del Zebedeo*; madama Carlott interpretó con maestría la romanza de *Tosca*, «Visi d'arte», que hubo de repetir entre entusiastas aplausos, y madama Scott recitó deliciosamente *La leyenda de las rosas*, de Hebertof.

La fiesta, admirablemente organizada por el secretario de la Asociación, señor Rueda, fué presidida por el cónsul de España, señor Navarro, en representación del embajador, que estaba ausente de París, y por los ministros de Chile y Panamá.

♦♦♦♦♦

En la capilla de las Victorias se ha realizado el matrimonio de la señorita Enriqueta Smith Molica con don Miguel Puppo, siendo padrinos doña Rosa M. de Puppo y don Juan Ricardo Smith Molina.

♦♦♦♦♦

Se ha formalizado el compromiso de la señorita Raquel D. Laplacette con don Julián Ballvé.

Ha sido consagrado en casa de la novia y en la mayor intimidad el de la señorita María Luisa Zorreguieta con don Eugenio Aberastury, siendo padrinos doña Matilde C. de Aberastury y don Próspero Zorreguieta. En el acto civil actuaron como testigos, por parte de la novia, los señores Mauro Zeballos, Luis Ayala y Octavio Sosa, y por parte del novio los señores Carlos F. Beldán Vergés y Pedro Alberto Aberastury.

La Sala Erard ofreció, hace días, brillante aspecto, pues allí se habían congregado distinguidas personalidades de la colonia hispano-americana, desrollando, como siempre, el bello sexo, para aplaudir á una joven artista española, la señorita Carmencita Pérez, que, después de cosechar merecidos triunfos en cuantas ciudades dió conciertos, consagraba su talento con la aureola parisina.

Prestáble un amable concurso un joven compañero suyo de Madrid, recién ingresado en este Conservatorio, Enrique Araca, cuyo nombre no hay que olvidar, y el notable violoncelista Antonio Sala, que tanto en *Le cygne*, de Saint Saens, como en la *Tarentelle*, de Popper, obtuvo un ruidoso éxito. Carmencita Pérez, cuyo arte asombra, fué aplaudidísima en la interpretación de Beethoven y Chopin, pero lo fue muchísimo también en la ejecución de música española de Alheniz, de Falla y de Turina. Acepte nuestra enhorabuena

♦♦♦♦♦

A principios del próximo mes de mayo son esperadas de Buenos Aires las familias siguientes:

Don Jacinto Moss y familia, don Mariano Escalada y familia, don Ricardo Frías y familia, don José Williams y señora, don Emilio Alzaga y familia, don Angel Pacheco y familia, doña María Colmán de Blanco y familia, marqueses de Salamanca, don Alberto Lagos y su esposa, doña Carmen G. de Nocetti, don M. J. Real de Azúa y don Manuel Marín.

♦♦♦♦♦

Entre las distinguidas personas cuya llegada está anunciada para estos días, figuran los señores siguientes:

Don Nicanor Zapata, don Pedro Gorostiaga, su esposa doña Sara Trendemburg, sus hijas Emilia y Lola y la señorita María Gorostiaga.

♦♦♦♦♦

También son esperados los señores don Eduardo Densen y familia, don Alberto Jordán y su hermana Ester, don Rodolfo Menes Cazón y familia, don Guillermo Colombres y don Rodolfo Tietjen.

♦♦♦♦♦

A fines del presente mes saldrán para Buenos Aires don Eduardo Bellocq y su esposa doña María Teresa García Fernández.

♦♦♦♦♦

Se hallan ya de regreso en sus respectivas diócesis el obispo de La Plata, monseñor Terrero; el de Cuyo, monseñor Orzad, y el de Catamarca, monseñor Piedrabuena.



Ensalada

de por de

LUIS BONAFOUX



UNA novela del fecundo y brillante Zamacois, un tomo de versos del salado y epigramático Luis de Tapia, que me llama *brujo* porque dice que le adivino el pensamiento — cosa que no puede ocurrirme con Ramiro de Maeztu, — una novela de Sebastián Gomila, *Paisajes sentimentales* del escritor uruguayo A. Martínez, *Simiente japonesa*, que me envía de Yokoama el escritor peruano Francisco A. Loayza, *Los escándalos del Putumayo*, carta abierta dirigida á Mr. Geo B. Michell, cónsul de S. M. B., por Carlos Rey de Castro, *La nueva libertad*, por el *compagnon* Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos, *Poemas*, de Arreaza Calatrava, y otros libros recibidos en pocos días. Y así todos los meses.

¿Que cuándo los leeré? Tal vez en julio, quizá en agosto, cuando esté lejos de este París donde se pierde tanto tiempo en charlar futilidades, hacerse cortesías y... aguantar latas de chismorreos é intrigas...

¡Con decir que todavía no he podido acabar de leer un tomo, de tomo y lomo, que chorrea versos, admirablemente editado, que me remitió, un año hará, don Carlos de Montero! Y cuenta que este vate, que tiene una pasmosa facilidad carulesca para *versar*, como dicen los guajirios tocatiples, unió al tomo una epístola poética:

¡Bonafoux! ¡Bonafoux! Se me figura
que mi libro tu vena no ha excitado;
es decir, que en tu gusto refinado
no lo hallas digno de tu picadura.

Es para mí penosa desventura
tu desdén soberano, y si callado
has por no darme un hombo, exagerado
eres en tu fatal muda censura.

Yo, que gozo leyendo tus desplantes,
y perdona que así los califique,
con muchos como yo, insignificantes,

he visto que gastabas gran palique:
si temes arañarme, ponte guantes
y di algo de mi libro, aunque me pique.

Ya ve el señor de Montero que no es

por falta de voluntad, sino por falta de tiempo; y que con mucho gusto contribuyo á la circulación de sus versos, sin ponerme guantes ni funda por el estilo.

Que mi libro tu vena no ha excitado.

Sí que me la excita; pero no sólo de versos vive el hombre.

Aparte de eso, yo no soy crítico, y no ejercería de tal aunque lo fuera. Los tiempos son difíciles. *Dites-vous d'un monsieur qu'il n'a pas de talent? Il vous envoie ses témoins*, advierte un crítico francés. «Bonafoux puede expresarse así porque no vive en España — dice Fray Gerundio en sus *Catones de perro chico*. — Si viviera aquí, le hubieran pegado un tiro.» Si, me expresé de igual modo, viviendo en Madrid, en *El Globo*, *El Español*, *El Intransigente*, etc., y no me pegaron tiros; pero me atizaron cada procesol Por eso renuncié á Madrid y... á la crítica de libros; porque, además,

...en mi gusto refinado
no los hallé dignos de mi picadura.

Mi amigo Fray Gerundio quiere que mal tiro me den, ó que me den morcilla. No de otro modo se explica que me invite á escribir un libro de *Periódicos y periodistas*. ¡Le digo á usted!...

Otro compañero de *El Diluvio*, C. Jordana, compartiendo una opinión que expresé en mi anterior *Ensalada*, escribe:

«Así como nosotros sólo amamos lo ajeno, los franceses sólo sienten amor hacia lo que ellos producen. Y así se da el caso de que mientras nosotros honramos y enaltecemos á sus artistas notables — y seminotables, — ellos no saben siquiera que existan los autores de Juan José, de *Realidad* y de *La Malquerida*.

Cuando Le Bary regresó á París, después de su *tournee* por España, habló ante varios periodistas de un *petit critique* español que se había atrevido á hacer alguna observación á su trabajo. Y en una carta que publicaron los periódicos es-

tampó el nombre del crítico tonto y entrometido: era *M. Benolentes*. Esto es, el ilustre traductor de la obra de Paul Her-
vieu.»

Sin duda hemos ganado mucho terreno en el concierto europeo. Ya no hay quien llame *monsieur Lagarta* á don Práxedes, ni *monsieur Sorcoso* á mi amigo Soriano, ni *monsieur Benalentes* á Benavente. Nuestras costumbres se aclimatan aquende el Pirineo. La sopa de ajos, que hasta ahora no había recabado en su honor más que un solo de pluma, en un cuento de Aguirre de Viar, ha sido ensalzada por el doctor Gundrum, de Berlín, donde la *tcheschnakova tschorba* — que es nuestra sopita de ajos, vestida al gringo — figura, por higiénica y bien oliente, sí, señores, en la

mesa de las damas de la imperial familia, quienes, con más razón que otras, hechas de prisa, pueden decir.

— *C'est nous qui sont les princesses.*

No hemos llegado todavía al ideal de aquel admirable compatriota — perteneciente á la *troupe espagnole* que, como zarzuelera, actuó en un teatro de París — que se encendió en ira porque no le dejaron entrar en el rápido de Burdeos sin billete, pero exclamando en el andén:

— ¡Español!...

Pero todo se andará. No se europeiza España. Se espagnoliza Europa. París, con sombreros sevillanos para hombres, y con capas estudiantiles para mujeres, se va pareciendo á Barcelona en domingo.

LUIS BONAFoux.

Los Hispano Americanos en París

♦ ♦ ♦

CARLTON HOTEL Champs Elysées

Han llegado:

Sr. R. Pradere, Sr. A. Argenti, Sr. A. V. López.

HOTEL ASTORIA Champs-Elysées

Han llegado:

Sr. y señora de Macedo Suárez, de Madrid; señor y señora Marcelle, Sr. y señora F. Morales.

Han salido:

Sr. y señora Canepa, para Italia.

HOTEL PLAZA Avenue Montaigne

Han llegado:

Sr. y señora P. M. Valente, de Rio de Janeiro; señor Arthur González, de New York; Srtas. Sarah y María Alconhoodas, de Buenos Aires.

BALTIMORE HOTEL 88 bis, Avenue Kléber

Han llegado:

Sres. E. y R. Pita, de Méjico; Sr. J. Ayala, de la Habana; señora Pemberton, de la Habana y familia; señora Gavito, de Méjico.

HOTEL DE CRILLON Place de la Concorde

Han llegado:

Sr. Emilio Edwards, de Buenos Aires.

Han salido:

Sr. Santos Suárez, para Madrid.

HOTEL LOTTI Rue Castiglione

Han llegado:

Señora Ana Carcano, Sr. G. di Rosa, conde y condesa Baltaro Costa, Sr. y señora R. H. Foa, conde y condesa Foa di Bruno.

HOTEL WAGRAM Jardin des Tuileries

Han llegado:

Sr. C. Mauguaidé, de Lisboa; señora Angela de Berisso, de Buenos Aires; general F. Zebellos, de Buenos Aires; Sr. y señora Prat Arbur, de Buenos Aires; Sr. y señora Reyna, de Buenos Aires.

Han salido:

Sr. y señora Herrau y familia, señora Witcombe, señora Martí y familia, señora Paz y familia.

HOTEL RITZ Place Vendôme

Han llegado:

Sr. F. de Alzaga, señora Cassares, señora Alvear.

HOTEL REGINA Place Rivoli

Han llegado:

Señora E. D. de Cabral y familia, de Buenos Aires; Sr. y señora G. Silva Rodríguez, señora y señoritas J. de Gildmeister, del Perú; Sr. y señora G. Carvalho, de Chile; señora viuda de Mesquita y familia, del Brasil; Sr. Benjamin Monteiro, del Brasil; señor Mariano Procopio, del Brasil; Sr. Octavio y Biet, de Buenos Aires; Sr. Guillermo Ospina, de Méjico; señora y señorita B. Ramos, de Lisboa.

HOTEL BRIGHTON Jardin des Tuileries

Han llegado:

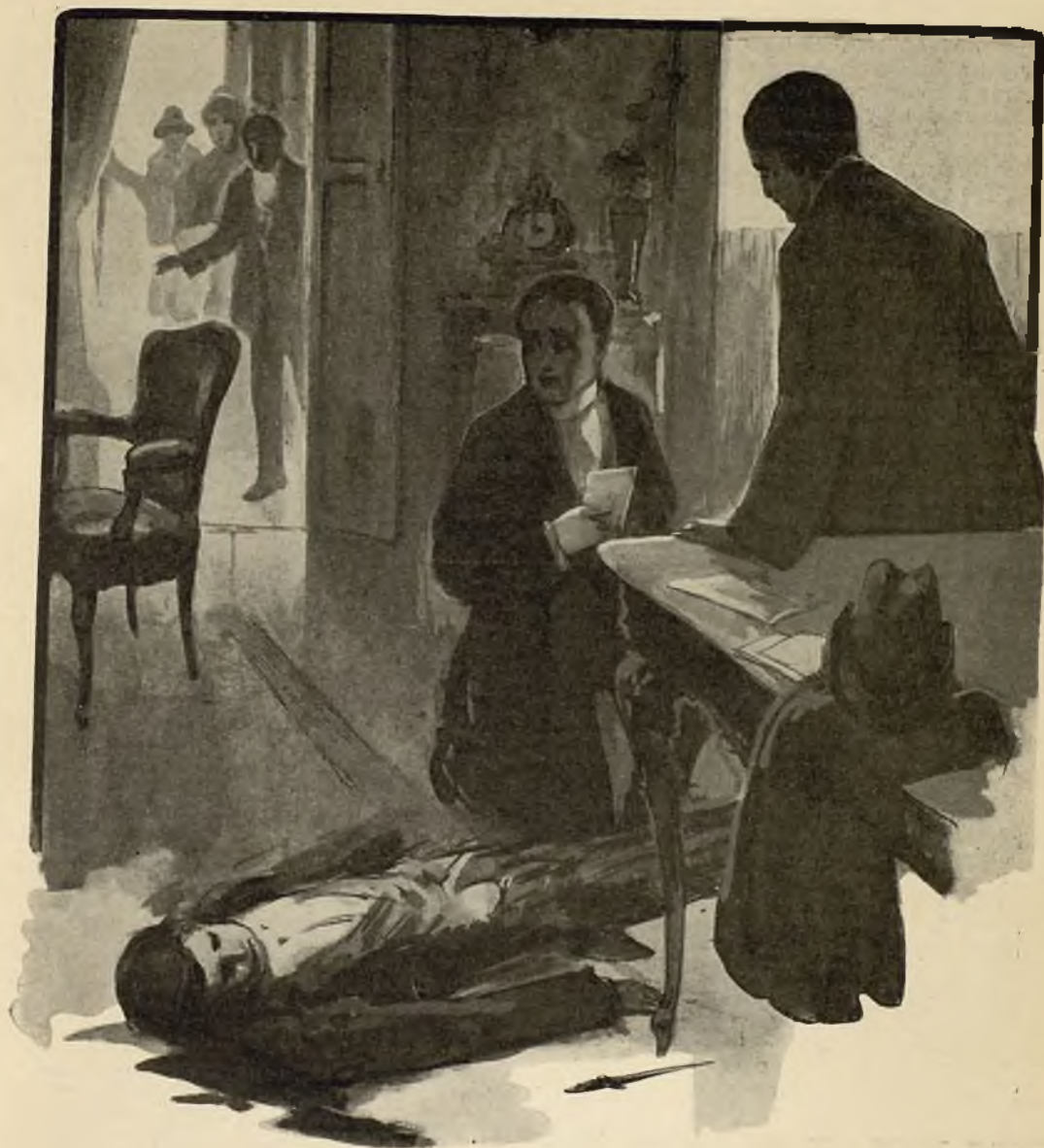
Marquesa y señorita de Fontellas, Sr. y señora Juan G. de Molina.

Ha salido:

La duquesa de Palmella, para Londres.

HOTEL MONTANA Rue de l'Echelle (Av. de l'Opéra)

Señora y señorita E. Mout de Saavedra, de Chile.



El Hombre de los dos Cuerpos

por Jorge MEIRS

♦ ♦ ♦

Traducción de Ladislao BOLSKI

II

Un caso de ubicuidad

Mientras los magistrados practicaban las diligencias judiciales, Tharps, Asselin y yo bajamos la escalera.

— ¿Cuál es su opinión? — preguntó el policía oficial.

— ¿Se puede formar opinión acerca de un hecho tan abracadabrante? Los testigos afirman, y los fotografías lo comprueban, que el cadáver es de Molinet; pero

los mismos testigos no dudan de haber visto á Molinet subir en un coche y dirigirse á la estación del Norte. Ambos hechos son, sin embargo, posibles. ¿Qué conclusión se puede sacar de estas premisas absurdas?

— ¿Y si la víctima tenía un hermano cuya semejanza?...

— ¡Imposible! — interrumpió Tharps — y aun en el caso de admitir esa tan absoluta semejanza, había que suponer necesariamente que el tal personaje era uno de los que disputaban minutos antes de cometerse el asesinato. Razonemos: ¿Qué testimonio establece la disputa de dos individuos en el cuarto del crimen? El de la criada, quien afirma haber oído dos voces, completamente distintas: una, la del corredor en joyas y otra más fuerte; fijese, Asselin, más fuerte. ¿Cuál de ambos individuos es el sosia? Necesariamente el que tiene más fuerte la voz.

Esto era tan indiscutible que el inspector y yo hicimos con la cabeza una señal de aprobación.

— Bien. Si el sosia es el de la voz fuerte, no es el mismo que bajó las maletas y tomó el coche, porque todos los testigos han reconocido la voz de Molinet.

Asselin, convencido, se inclinó.

— Y — continuó Tharps — si debemos admitir la existencia de un tercer personaje, dígame cómo y cuándo ha entrado y salido en la casa.

El inspector estaba anonadado ante la lógica del ilustre « detective » inglés, y, comprendiendo la inutilidad de una insistencia mayor acerca de aquel asunto, se despidió, no sin decir en voz baja que tenía la intención de hacer pesquisas en la estación del Norte.

— No encontrará usted nada — afirmó Tharps. — En fin, vaya á buscarme á casa á las cuatro. Hasta entonces no haga nada.

Mi amigo estrechó la mano de Asselin y entró en la portería, donde permaneció breves momentos hablando con la portera.

Cuando salió, cogíome del brazo y echó á andar rápidamente hacia el bulevar Haussmann, en una de cuyas casas penetramos.

Entró en la portería, entregando al cochero su tarjeta — luego de escribir en ella algunas palabras — y una moneda de cinco francos.

— Cuento usted conmigo — dijo el portero, haciendo una profunda reverencia. — Estaré al cuidado.

Cuando salimos, Tharps me invitó á almorzar en los grandes bulevares. Unos minutos después nos hallábamos en un gabinete del entresuelo del café Americano.

Como hacía calor y el sol brillaba en el cielo, aunque estábamos en diciembre, William Tharps abrió la ventana que daba al bulevar y se sentó al lado de ella.

Sin hablar una palabra comenzamos á almorzar. Mi amigo comía rápidamente, según su costumbre, y observé que no dejaba de mirar á la ventana.

Iba á preguntarle por su visita á la portería del bulevar Haussmann, cuando entró el maestresala del restaurant y, acercándose á Tharps, le dijo algo en voz baja.

— Que suba — ordenó mi amigo — y traiga usted vino blanco.

Medio minuto después apareció el cochero á quien el célebre « detective » había interrogado en la calle Taibout.

— Necesito que me dé usted algunos informes complementarios acerca de su cliente de esta mañana — dijo Tharps, luego que el cochero « despachó » de un trago un vaso de vino.

— Parece que le intriga ese hombre — comentó el cochero.

— Es inútil preguntarle si ha vuelto usted á la calle Taitbout — dijo el « detective », sin hacer caso de las palabras del auriga.

— No, señor; no he vuelto — respondió éste.

— Pues han registrado la casa de su cliente después que se marchó usted y ¿sabe usted lo que han encontrado?

— ¿Un cadáver?

Legrand — tal era el nombre del cochero — creyó dar una broma, así es que se quedó alontado, con la boca abierta, en una actitud estúpida, cuando William Tharps inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Palideció todo lo que le permitía la rojez de su piel, y en su mano temblorosa, el vaso de Charblis tuvo inquietantes oscilaciones.

— Usted lo ha dicho: un cadáver.

El cochero estaba tan azorado que no sabía si mirarnos, vergonzoso por haber respondido con tanta exactitud.

— ¡Quién lo hubiera dicho! — exclamó.

— Un hombre tan generoso y de modales tan distinguidos... ¡Si usted le hubiera visto comer! Estaba alegre y satisfecho. Nadie hubiese dicho que era un asesino.

— ¡Cuidado! — interrumpió Tharps. — Yo no he dicho que sea un asesino.

— ¿Entonces?...

— Por el contrario; á él es á quien se ha encontrado muerto en su casa.

La fisonomía de Legrand era cómica. Sus miradas posábanse alternativamente en mi amigo y en mí, creyendo que el « detective » se burlaba de él.

— Basta de bromas — dijo. — Yo le he llevado á la estación y apuesto lo que quieran á que ha tomado el tren. Es imposible que en el mismo momento lo estuvieran asesinando en su casa.

— Pues así ha ocurrido, sin embargo — afirmó Tharps, — y precisamente por esto le he mandado venir.

Contó al cochero todo lo ocurrido y



éste comprendió, al fin, que mi amigo hablaba en serio.

En cuanto entró el auriga en el *restaurant* comprendí que la casa del bulevar Haussmann era donde vivía el médico, cliente de Legrand y cuyas señas debió darle á mi amigo la portera de la calle Taitbout. Tharps suplicó al portero del médico que enviara al cocheró al café Americano en cuanto regresase el doctor, y para que el pintoresco automedonte no tuviera que ir muy lejos, se había decidido á almorzar en el mismo barrio.

William Tharps le dijo que creía en una substitución de personas entre el momento en que Molinet montó en el coche y el en que lo dejó.

Como el auriga no comprendiese bien las palabras del « detective », dijo éste precisando su pensamiento :

— El señor Molinet, es decir, el corredor de alhajas, ha podido saltar del coche por el camino y ser reemplazado por una persona que se pareciera mucho á él.

— Es imposible — afirmó rotundamente el cocheró. — El cliente que « cargué » en la calle Taitbout es el mismo que se apeó en la estación del Norte.

William Tharps insistió :

— Ha podido usted ser víctima de un parecido extraordinario, cosa que ocurre algunas veces.

— Le repito que no, que es imposible, que estoy seguro de lo que digo.

— ¿ Que pruebas tiene usted ? ¿ Ha observado algún detalle que le chocara ?

— Si, señor.

William Tharps se acodó en la mesa, rápidamente intrigado.

— Veamos — dijo.

— En primer lugar — comenzó el cocheró, — la voz de mi cliente.

— ¡ Ah !

Fué tan cómico este « ¡ Ah ! » que no pude menos de soltar la carcajada. ¿ Cómo sería la voz de Molinet que era lo primero que invocaban todos los testigos ?

— No puede usted formarse una idea de tal voz : diríase que alguien hablaba por él.

— Ya me lo han dicho. Cuando se apeó en la estación del Norte, ¿ tenía la misma voz ?

— ¡ Naturalmente !

Legrand se detuvo. Una bonachona sonrisa vagó por sus labios.

— Usted me toma por otro — dijo. — Cuando le afirmo que era el mismo hombre, ¿ cómo iba á cambiar de voz ? Además... — ¿ Qué ?

— Mi « tipo » tenía un diente aurificado y una mancha negra en una uña de la mano derecha. Me acuerdo bien de estos dos detalles.

William Tharps y yo cambiamos una rápida mirada. *Los dos habíamos hecho la misma observación en el cadáver.*

Legrand nos detalló minuciosamente lo que él llamó la « toilette » de su parroquiano y nos hubiéramos sorprendido de sus observaciones si no nos hubiese expuesto desde el primer momento el por qué de ellas.

— Me chocó el cliente — dijo — porque no hay costumbre de hacer « forzar » al caballo al principio, como me había exigido, so pretexto de que iba á llegar tarde, para estarse luego tres cuartos de hora en un café. Aquello me dió « mala espina ».

— ¿ Entraron ustedes juntos en el café ? — preguntó Tharps.

— Si, señor.

— ¿ Está usted seguro de que su parroquiano no habló con nadie ?

— Segurísimo.

— Creo recordar que esta mañana me dijo usted que mientras el señor Molinet fué á sacar billete, le confió la custodia de las dos maletas.

— Si, señor.

— ¿ Las levantó usted ?

— Si, señor ; para ayudarle á bajarlas del coche.

— Usted que está acostumbrado á manejar pesos, ¿ cuál podía ser el de las maletas ?

— Una de ellas de cincuenta á sesenta kilos y la otra un poco menos.

— ¿ Y las llevó él solo hasta el tren, sin facturarlas ?

— No, señor ; le ayudó un mozo de la compañía ; pero estoy seguro de que no las facturó.

Mi amigo sabía ya todo lo que necesitaba y, luego de decir á Legrand que estuviera á su disposición por si volvía á necesitarle, y darle una buena propina, le despidió.

William Tharps encendió un cigarrillo, y durante un cuarto de hora permaneció en silencio, abstraído en sus pensamientos, sin preocuparse de mí, hasta que juzgó oportuno dirigirme la palabra.

— ¿ Qué opina usted de todo lo que ha oído, señor letrado ? — me preguntó.

— Le confieso que estoy más perplejo que nunca. Este asunto se oscurece cada vez más... Las manifestaciones del cocheró parecen sinceras...

— Indudablemente.

— Sus observaciones son atinadas y creo difícil admitir la hipótesis de una substitución de persona.

— Eso es lo que me desorienta. Le confieso francamente, amigo mío, que la solución da una substitución era la única que consideré lógica desde el primer momento.

— Ya no me parece posible.

— No lo es.

— Los detalles del traje, del diente aurificado, de la mancha de la uña, concuerdan perfectamente...

— Demasiado perfectamente. Es imposible dudar ya de que el cadáver sea el del parroquiano de ese bruto de Legrand.

— Y, sin embargo... es imposible — dije.

— ¿El qué? — preguntó Tharps bruscamente.

— Eso... que el cadáver y el viajero sean la misma persona... porque el crimen se había cometido *antes* de que Molinet llegase á la estación del Norte.

— Sí — dijo mi amigo. — Y, sin embargo, hay la misma imposibilidad para que el viajero no sea la víctima.

Se levantó bruscamente y, tirando la servilleta sobre el mantel, empezó á pasear por el cuarto como un león enjaulado.

— Esto es para volverse loco — dijo. — Esto es pura brujería, magia, locura, locura, locura.

Dirigióse hacia la ventana y, apoyándose en la barandilla, pareció calmarse un poco.

Cuando estuvimos de regreso en su casa, William Tharps resumió la situación, buscando, en la exposición que hizo del asunto, el punto flaco de la misma que le permitiera discifrar el enloquecedor misterio.

Mientras pudo suponer que el corredor en alhajas no había estado *siempre* en el coche, que pudo haber una substitución, creyó en que resolvería el enigmático problema que tenía planteado; pero, después de las terminantes manifestaciones de Legrand, era absurdo albergar esperanza alguna en tal sentido.

Por otra parte, el cochero no podía ser sospechoso y su estupefacción en el gabinete del café Americano había sido sincera. Además, los agentes de Aselin estaban de guardia en el inmueble de la calle Taitbout desde poco después de la par-

tida de Molinet, y éste no había podido entrar en su casa sin ser visto por los policías.

Mi eminente amigo se daba cuenta de todo esto y yo me preguntaba si el asunto Molinet iba á determinar el primer fracaso del célebre « detective », cuando la voz de éste me sacó de mi ensimismamiento.

Con cierta ironía deploraba su estupidez en aquel asunto que calificó de grotesco.

— Es absolutamente necesario — dijo — que haya habido una substitución de persona. ¿Cómo se ha efectuado? Esto es lo que hay que aclarar en primer término.

Dió dos ó tres vueltas por la habitación.

— Fijese bien, querido Lynham; se han burlado de nosotros, como si fuéramos chicos, como si fuéramos... policías oficiales.

Y, deteniéndose delante de mí, añadió:

— Es imposible que *hayan cambiado* al individuo que iba en el coche de Legrand, porque éste lo hubiera notado; *luego es indispensable que se haya « compuesto » el cadáver.*

— Pero...

Me impuso silencio con un gesto.

— Sé lo que va usted á decir. Si, si, si lo sé; usted va á invocar las fotografías y las declaraciones de los testigos, pruebas que no carecen, en efecto, de valor real y que, en cualquiera otra circunstancia, yo sería el primero en reconocer, pero...

Se detuvo y durante largo rato permaneció absorto en sus reflexiones.

(Se continuará)

JORGE MEIRS.



ZAHORIES **Y "SOURCIERS"**



La geología, estacionada en las teorías de la constitución y formación de capas y napas subterráneas, no ha hecho avance alguno en su estudio básico. La topografía, por ejemplo, tanto en los países nuevos como en el viejo mundo, se ha limitado á consignar costosas y complicadas observaciones, definidas por cierto, pero que no indican en un modo fundamental el método en el descubrimiento de manantiales y curso de agua subterráneos.

Lo que la ciencia no ha solucionado hasta hoy día, personas ignorantes lo han conseguido, complicando el problema de la revelación. Tal es, en efecto, el poder de los « zahories ».

Desde época remota se conocen en España á estos « adivinadores » de cursos subterráneos de agua, sin necesidad de varilla, sin elemento auxiliar alguno. Los « zahories » recorren el campo y se estacionan en el lugar donde prevén la existencia de agua; declaran á qué profundidad se encuentra, aproximadamente, y las dificultades de tierra rocosa que pueda presentar en algunos casos la excavación. Los « zahories » en España han convenido, desde hace muchos años, á los mismos hombres de ciencia, de su acierto infalible. Tan es así, que, cuando se trata de un peritaje rural ó ubicación de pozos ó jagüeles en las fincas, se llama siempre á un « zahori » que complementa en todos los casos la investigación del ingeniero y del agrónomo.

El señor Muñoz Escámez me ha relatado ejemplos muy curiosos respecto al acierto de los « zahories » en España. Me dice que se ha dado el caso de que estos « adivinadores sin varilla », al declarar la existencia de un curso de agua ó manantial, han clasificado su composición y su fuerza.

« Zahories » han existido y existen en España. Dicen que, en la membrana que tapiza la mucosa superior del paladar, llevan incrustada una pequeña cruz característica, con la que nacen los « zahories ». Además de este detalle se ha comprobado que nacen en Viernes santo...

Respecto á los « zahories », creo que el professor Marége, del laboratorio Mareg,

estudia mejor sus secretos. Investigando el fenómeno, busca las cualidades psico-fisiológicas que intervienen en la condición individual del operador. Aun cuando el professor Marége presta más atención á los *sourciers*, por este medio de sus observaciones se aproxima á una posible explicación del privilegio de que gozan los « zahories », con quienes debiera alternar en sus experiencias psico-fisiológicas.

Es á los *sourciers*, ó adivinadores con varilla, á quienes los hombres de ciencia vienen prestando atención, sorprendiendo el indiferentismo con que la gente ha mirado hasta hoy estas raras revelaciones.

En 1910, el ministerio de Agricultura de Francia nombró una comisión encargada de la prosecución de estos estudios, para llegar á precisar reglas científicas.

Esta comisión examina y realiza experiencias con los diversos elementos auxiliares empleados en la « adivinación » de las corrientes subterráneas de agua, é incluye en sus observaciones el método de la varilla.

Meses después de esta iniciativa francesa, en 1911, se celebró en Alemania una asamblea de « adivinadores de agua subterránea », á raíz de la cual se creó una comisión permanente de estudios en Stuttgart, para seguir de cerca estas investigaciones. La comisión está compuesta por doscientos miembros, entre los que figuran geólogos de reconocida competencia.

El año próximo pasado, la Academia de ciencias de París resolvió ocuparse ampliamente del secreto de los *sourciers*, á fin de llegar á precisar reglas topográficas. Poco tiempo después de esta resolución se celebró en París un congreso de psicología experimental, invitándose á un crecido número de *sourciers* famosos. Desde entonces se están realizando en Francia experiencias múltiples, todas de resultados positivos, que aseguran la indiscutible exactitud de los *sourciers*.

En Bélgica, el professor Probst ha adquirido fama debido á sus felices revelaciones por medio de la varilla. En algunos casos ha descubierto la existencia de minas, acertando no sólo la profundidad á que se encontraban, sino también la naturaleza de los carbones.

Ultimamente, en Luzech, los célebres operadores Probst, Pelaprat, Mermet y Viré, hicieron experiencias muy interesantes. Andando por este paraje, M. Pelaprat se fijó en un punto, y, llamando á sus compañeros les dijo: « Aquí existe agua y una cavidad muy antigua á profundidad de 18 metros y 50 centímetros; el agua viene del Este y otra corriente se produce al Oeste. »

Luego, señalando otra dirección al Este, agregó: « Aquí hay un divertículo de 4 metros de largo y 60 centímetros de ancho... »

M. Albe fué enterado de esta declaración curiosa de Pelaprat, y, revisando su archivo topográfico encontró sus planos y apuntes tomados en las experiencias científicas que había efectuado el año 1897, comprobando la exactitud, en todos sus detalles, de las revelaciones de Pelaprat.

Como ésta, muchas otras revelaciones viene haciendo M. Pelaprat en Francia. Ha sido llevado á sitios donde se habían hecho excavaciones subterráneas, y este notable *sourcier* ha precisado todas sus particularidades y dimensiones.

Hace cuatro meses, M. Mermet, cerca de Rocamadour, dijo prever la existencia de un túnel artificial que se encontraba á una profundidad de 75 á 110 metros. Continuó andando por todo el largo del túnel que revelara, y á una distancia de 350 metros se detuvo, indicando existir una bifurcación de dicho túnel.

Todos estos detalles de M. Mermet se han comprobado, tal cual, en los planos del ingeniero Eduardo Brunet, lo que explica una vez más el curioso acierto de los *sourciers*.

Estas experiencias de Lacave, en los alrededores de Rocamadour, han interesado vivamente á los miembros de la Academia de ciencias de París, porque M. Mermet por su parte, y luego M. Probst, por la suya, han coincidido (dimensiones del túnel, bifurcaciones, naturaleza de la excavación y su estado actual, etc). Pero el problema de los *sourciers* se complica. En efecto, M. Pelaprat se ha declarado capaz de « adivinar », por medio de la varilla, la existencia de esqueletos. Puesto á prueba, últimamente, en Puy d'Issolud (Vayrac), señaló un punto, é indicando la profundidad dijo haber allí tres esqueletos. Hecha la excavación, se encontraron efectivamente los tres esqueletos. Cuando se estaba trabajando en la excavación, M. Pelaprat dijo que debía encontrarse un cuarto esqueleto adherido á un hierro. Así resultó, en efecto, encontrándose á poca distancia de los tres esqueletos un cuarto esqueleto, en el que se hallaba un gran cuchillo de época antigua, detalle elocuente de un crimen.

No ha sido ésta la única revelación de esqueletos.

Algunos miembros de la Academia de ciencias de París, después de este hallazgo, invitaron á M. Pelaprat á otros parajes. En Limogne, indicó la presencia de un esqueleto, agregando la posición en que se encontrarían la cabeza y el tórax. Hecha la excavación, resultó exactamente tal cual lo había indicado el moderno *sourcier*.

Armando Viré, en Luzech, no hace aún tres meses, descubrió la existencia de metales, siempre con la varilla de *sourcier*. Cuando se hizo la excavación en el lugar indicado por Viré, y á la profundidad que él predijo, se encontró: una antiquísima taza de metal, flechas en pedazos, de hierro, y anillos de grandes dimensiones, de bronce. Estos hallazgos de metales y aquéllos de esqueletos, se han repetido en las pruebas realizadas por los *sourciers* citados y miembros de la Academia de ciencias de París.

Es natural que, á veces, los *sourciers* se equivoquen. Yo asistí, entre otras experiencias felices, á una prueba negativa de Pelaprat nada menos, en Puy d'Issolud. Dijo existir allí una muralla, y no se encontró. Empeñado en que se encuentren vestigios al menos, Pelaprat prometió recorrer toda la circunscripción del punto señalado... sólo un día en que amanezca de buen humor.

La varilla de los *sourciers* consiste en una rama de unos 80 centímetros de longitud, bifurcada en su medio, más ó menos, en otras dos ramas iguales, de unos 40 centímetros de largo. Otros *sourciers* operan con un alambre de hierro ó acero, de unos 5 milímetros de diámetro, doblado en su parte media en forma oval.

« La situación requiere un estudio », me han dicho algunos *sourciers*. Al tornar los extremos de la varilla de rama arbórea ó hilo de hierro, las palmas de las manos deben quedar hacia arriba, tocando el extremo de las « muñecas » el pecho del operador.

¿Y después? ¿Cómo se adivina? ¡Ah! se siente una conmoción al pasar por corrientes de agua subterráneas; conmoción que se interpreta más fácilmente á medida que la práctica se repite.

El hecho de que no todos pueden realizar esta prueba, y, por otra parte, no existiendo el secreto imaginativo que declaran poseer los « zahories », hace presumir la deducción de que el estudio psico-fisiológico en las investigaciones, puede en aquel, como en este caso, llegar á definir una explicación que haga luz en este misterioso asunto. La sensibilidad del operador no deja, por lo menos, de ser un resorte.

En lo que respecta á la varilla arbórea,

los *sourciers* se contradicen. Algunos aseguran que deben elegirse ramas de árboles con rictidoma « especial ». Estudios botánicos podrán clasificarlos.

El docteur Moreaux, director del Observatorio de Bourger, ha dicho que la tal varilla debe ser de avellano ó de álamo.

Yo he visto operar en Orleans á un *sourcier* principiante, llamado Bernard, (que cultiva árboles frutales en una finca cerca de la ciudad citada), con una varilla de cerezo.

Este señor, á quien interrogué en vías de averiguación, hace experiencias con buen éxito, aun cuando, hasta hoy, no ha descubierto sino canales artificiales y cañerías; pero acierta.

Un efecto físico en la prueba de los *sourciers* debe existir; un fenómeno físico, digo, porque debe tratarse de corrientes eléctricas.

Ahora bien, que algunos empleen el hilo de hierro ó acero, no quiere decir, en absoluto, que la contextura de la madera que se utiliza en la varilla no sea elemento básico en la investigación científica.

El álamo, el avellano, el cerezo; ¿no hay acaso otras variedades que se presen á la operación de los *sourciers*? Debe existir; por lo menos ha de ser extensiva á familias botánicas ó particularidades propias de especies arbóreas de la misma contextura en su tejido.

Este estudio clasificativo, y el físico que señalamos, nos parecen integrales, complementando el informe con los resultados de las observaciones psico-fisiológicas.

La República Argentina ha perdido un positivo elemento auxiliar para la prosecución de estos estudios que hoy interesan á los hombres de ciencia de toda Europa.

Un « zahorí » llegó á Buenos Aires hace cuatro ó cinco años, de donde fué trasladado á la pampa para poner en práctica su habilidad. Falló en algunas pruebas é hizo interesantes revelaciones de existencia de agua en la mayoría de sus observaciones. No encontrando apoyo, « el hombre » ó salió del país ó no prosiguió sus pruebas de « zahorí ». Pero, lo más curioso fué un *sourcier*, niño de diez y seis años, que estuvo realizando pruebas en la ciudad de La Plata (capital de la provincia de Buenos Aires). La varilla daba tantas vueltas en sus manos como metros distaba el agua desde flor de tierra.

La gente no le prestó atención ninguna. Un día, acompañado por el director general de agricultura, don Julio Llanos, el joven *sourcier* se acercó á una perforación que se realizaba en La Plata y dijo: « Aquí no hay agua suficiente. Es inútil insistir. » Los trabajos se prosiguieron y, poco tiempo después, la perforación hubo de ser abandonada, no obstante haber allí geólogos y especialistas contratados para el trazado del Mapa topográfico. La conquista de las entrañas de la tierra, como la conquista del espacio, habrán de realizarse luego de extrañas sorpresas y desvanecidas ilusiones.

MIGUEL ANGEL TOBAL,
ingeniero.

Paris, Marzo de 1914.



CUENTOS DEL OTRO JUEVES



Un enfermo es operado en California.

El operador le abre el vientre de arriba á abajo y procede á la extirpación de un tumor.

La operación dura tres minutos, después de los cuales cosen concienzudamente al enfermo; pero, apenas dado el último punto, el médico se apercibe de que le falta una pinza hemostática, sin duda olvidada en las interioridades del operado.

Descosen, abren y la pinza no parece. Estaba en el suelo, y ya tranquilos vuelven á coser.

Pero el doctor, después de recoger los instrumentos y cuando ya había dado la orden de transportar al paciente, grita:

— ¡Alto! ¡Mis lentes, esta vez se han quedado mis lentes dentro!

Vuelven á abrir al paciente, registran y hallan, efectivamente, los lentes, junto al «duodeno».

— ¡Ya pueden ustedes coser! — añade tranquilo. — Esta vez no queda nada.

Pero el enfermo, con voz muy débil, interrumpe al de la aguja:

— ¡Póngame tres batones y tres ojales! ¡Pero no cosa!

En un cuartel, á la llegada de los quintos.

El sargento, con una lista en la mano, pregunta uno por uno á los reclutas el oficio que tienen, para cubrir algunas vacantes de empleos.

— A ver, usted, ¿qué oficio tiene? — pregunta á uno.



— ¡Está bien así!

— ¡Déjemelo un poquitito más largo!

— Maestro elemental.

— Bueno, pasará usted á oficinas... ¿Y usted? — pregunta á otro.

— Barbero.

— Pues á la barbería... ¿Y usted?

— Ninguno... ¡Bien he tocado las consecuencias!

— ¿Ha tocado...? ¡A la música!



VISITA DE MÉDICO

— ... Y, media hora después de lomar la cucharada, ¿ha notado usted algo anormal?

— Sí, señor. ¡Una carta del propietario comunicándome la subida del alquiler!

Coincidencia.

Durante la batalla de Plewna, un coronel turco fué desmontado por su caballo, que se había encabritado, asustado por la caída de un obús ruso.

En aquel momento, un oficial del Estado Mayor, que llegaba á galope tendido, detuvo su cabalgadura ante el coronel en el suelo, y saludando militarmente le dijo:

— De orden del general, conserve esta posición á todo trance.

En un examen de táctica militar:

Un coronel examina á un alumno de infantería que no sabe ni una palabra de lo que se está examinando.

— ¡Fíjese usted bien! Usted forma parte de una columna compuesta de un comandante, un



— Señá Cleta, m'ha dicho mi mare si me da usted un cedazo claro.

— Dile á tu mare que no me da la gana ¡Que si lo quíe más claro!

capitán, dos primeros tenientes, un segundo teniente, que es usted, sargentos, etc.

El comandante recibe la orden de pasar á la otra orilla de un río. Para conseguir esto tiene dos caminos: ó pasar el vado ó pasar el puente. Escoge el puente, pero al llegar á la entrada de éste, viene una bala y mata al comandante. Entonces se hace cargo del mando de la fuerza el capitán; éste sigue avanzando y viene una bala... y mata al capitán.

(El alumno escucha con suma atención.)

»... Entonces — prosigue el coronel examinador — se encarga del mando el teniente más antiguo, y en vista de las bajas retrocede para dirigirse al vado... pero viene una bala y mata al teniente, encargándose del mando el otro teniente que, á su vez, al llegar al centro del río... viene una bala y muere.

»Entonces usted toma el mando de la fuerza en medio del río... ¿Qué hace usted?

El alumno sin pestañear:

— Pues... viene una bala y me mata. ¡Habrá que ver al sargento, hecho un titol!

A un condenado á muerte, momentos antes de la ejecución, le preguntan si desea tomar algo.

— ¡Hombre, sí! ¡Los baños de Archenal!

Un borracho entrega en el mostrador un duro.

— ¡Estas cinco pesetas son falsas!

— ¡Hombre, también es mala pata, que de cinco no haya ninguna buena!...

Entre bohemios.

— Si yo tuviera siete reales...

— ¡Soñador!



JEROGLÍFICO

La solución:
Una frase corriente.



ACTUALIDADES DEPORTIVAS



EL RALLYE AÉREO DE MÓ- NACO

Brindejone des Moulinais venció en este gran concurso, haciendo el recorrido Madrid-Mónaco. — A la izquierda, Des Moulinais vuela por encima del viejo puerto en ruinas de Avignon. A la derecha, el aviador, en un hidroplano, vuela sobre Mónaco. — El aviador francés ha ocupado el segundo lugar en el Rallye, al lado de Garros.

A la izquierda, Gros Country Internacional. — Llegó primero el francés Juan Vermenten, que empleó 55 minutos.



Concurso hipico. — Después del carroussel, los oficiales saludan á M. Poincaré.



Circuito de Rambouillet. — M. Devaux, vencedor de los 400 kilómetros, en 24 h. 21 s.

El aviador Emilio Vedrines, hermano de Julio Vedrines, que todos conocemos, se ha matado al querer intentar el « looping the loop » en un nuevo aparato. Su muerte ha sido una gran pérdida para la aviación francesa, pues Emilio era de una intrepidez tan grande como la de su hermano Julio.



El 5 de abril, el Olimpico Lilleois venció al Olimpico de Certe, por 3 puntos contra 0, ganando así el campeonato de la U. S. F. S. A.

